

La Ilustración Artística

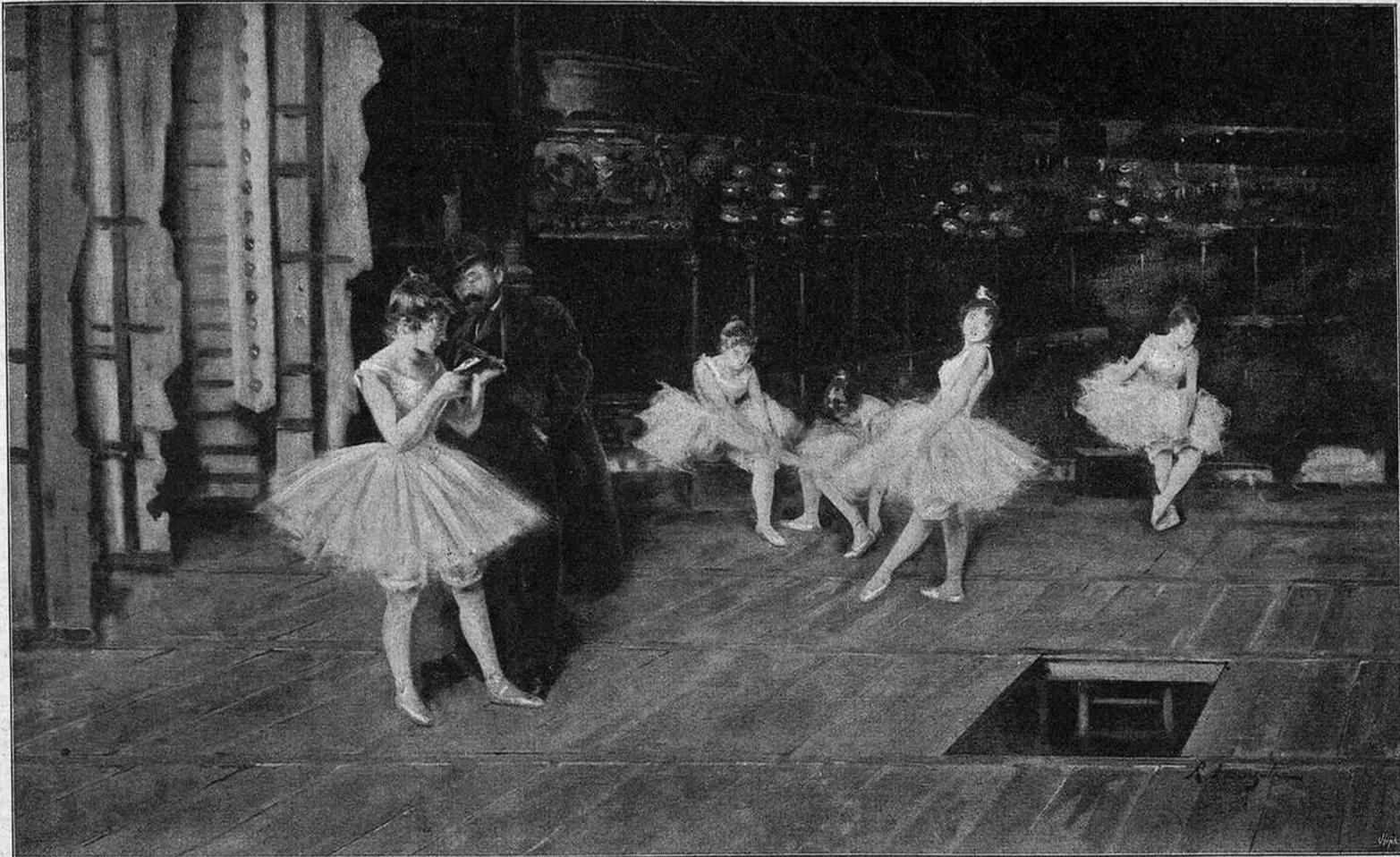
CIENCIAS, LINGÜÍSTICA,
MADRID
BIBLIOTECA

AÑO XVIII

← BARCELONA 13 DE MARZO DE 1899 →

Núm. 898

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Descanso en el ensayo, cuadro de Ramiro Lorenzale (Exposición Parés)



Salón Pares. - XVI Exposición extraordinaria
de Bellas Artes

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Jaime Garnelo Fillol. - Exposición extraordinaria de Bellas Artes. Salón París*, por A. García Llansó. - *La petaca (Los recuerdos de un curial)*, por P. Gómez Candela. - *Frases populares. ¡Famosos como los trabajos de Hércules! ¡Más ladrón que Caco! Non plus ultra*, por Lope Barrón. - *La canción del arroyo*, por Jerónimo Doucet. - *Nuestros grabados. - Miscelánea. - Problema de ajedrez. - Inseparables*, novela por Juana Mairet (conclusión). - *Siegfrido Wagner*, por A. **Grabados.** - *Descanso en el ensayo*, cuadro de Ramiro Lozanzale. - *Salón París. XVI Exposición extraordinaria de Bellas Artes. - Pablo Deroulede. - Jaime Garnelo Fillol. - Los dos amigos*, cuadro de Jaime Garnelo Fillol. - *Mediodía*, cuadro de José Masiera. - *Ensueño. Gilanilla*, cuadros de Antonio Torres Fuster. - *En el bosque*, cuadro de Joaquín Agrasot. - *Éxtasis*, cuadro de Santiago Rusiñol. - *Entre bastidores*, cuadro de Francisco Sans Castaño. - *En el baile*, cuadro de Visitación Ubach. - Dos dibujos de Daniel Urriabeta Vierge que ilustran el artículo *La canción del arroyo*. - *Psiquis*, cuadro de J. D. Curzon. - *El ángel de la consolación*, cuadro de O. Lingner. - *D. Eduardo Vidal y Valenciano. - D. Antonio Muñoz Degraín. - El barón Julio de Reuter. - Siegfido Wagner.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Nuestro desquite. - La crisis presidencial en Francia. - Pretensiones a cambiar la República parlamentaria por la República cesariana. - Vana tentativa del poeta Deroulede. - Imposibilidad de un golpe de Estado. - Circunstancias singulares que concurren en el golpe dado por Luis Napoleón el 2 de diciembre. - No volverán a repetirse. - Conclusión.

Parece imposible que nuestros presentimientos respecto de la política yanqui se hayan realizado y cumplido tan pronto. Apenas se acaba de perpetrar el crimen, cuando ha caído sobre los criminales con golpe fulminante un castigo proporcionado a su culpa. Los pseudo-redimidos de Cuba en nada reconocen y sienten su redención. El viejo chino, a quien llaman Máximo Gómez, no se ha desapeado de su montura guerrera y no ha querido soltar el vibrante látigo con que se propone malherir el rostro de sus nuevos dominadores. Todos los días le piden éstos licencia los residuos de sus tropas, y todos los días opone a tales demandas algún reparo fútil y alguna burda escapatoria. Lo que sirve más a sus resistencias es lo que menos quiere soltar la República conquistadora: el dinero. Máximo pedía el oro y el moro. Su presidente, muy parecido al gran señor, en lo despótico y en lo arruinado y en lo belicoso, promete unos tres millones de pesos duros, con los cuales no tiene para un diente ahora el viejo caudillo, cargado de impagables deudas y de incumplibles promesas. Así amenaza con embreñarse de nuevo en la manigua, para lo cual ya cuenta con cuatro mil hombres. ¿Qué dirán los redentores cuando los redimidos se alcen a una en armas contra su propia redención? Arderán los cañaverales y lianas en voraces incendios; los bosques volverán a tornarse guarida de bandidos; segarán cabezas el machete como si ramas se gase; volverán los ríos enrojados al mar lleno de piratas y de tiburones; renacerá la inquietud en el seno mejicano falto de toda seguridad para la navegación y para el comercio; recogiendo América la cosecha de abrojos que ha sembrado con su burdo maquiavelismo.

* * *

Ya no puede hoy el gobierno americano con la oposición interior pidiéndole desde la prensa y la tribuna, desde los clubs y los Parlamentos, la restitución al régimen federal de su antigua democrática pureza. El fantasma de la unión anglo-sajona se ha desvanecido antes que los bastardos discursos pronunciados en su defensa por el brutal demagogo socialista con disfraz de conservador y naturaleza de apóstata que denominan Chamberlain. No ha podido llegarse a ningún pacto formal; se ha suspendido la ley del arbitraje que los dos Parlamentos sajones se comprometían a votar; los tratos para los arreglos con el Canadá se han roto; el canal de Nicaragua, tan difícil, ha suscitado innumerables cuestiones preñadas de peligros; vuelven a surgir los problemas referentes a las posesiones inglesas de Honduras y a las bocas del Orinoco; estalla la guerra civil en las regiones centrales del nuevo mundo; la negrada de Santiago, malcontenta, viéndose malherida por las vanas soberbias de los nuevos dominadores, amenaza con una insurrección que renueve las antiguas serviles guerras; mueren por el Oriente como ratas en

una embarcación encallada los filipinos; y arde Manila como ardió Moscov, dejando por despojo al vencedor montañas de cenizas y montones de cadáveres que le dicen cómo habrá de mandar ciento cincuenta mil hombres al archipiélago de Magallanes y dispendiar millones de dollars, si quiere por la fuerza robustecer y consolidar su conquista equivalente a irreparable derrota.

* *

Dejemos que se desarrollen por sí mismos los sucesos con su natural necesaria lógica y atendamos a todas las circunstancias que nos prometen un seguro desquite. Francia nos llama con los varios y curiosos sucesos que pasan por sus espacios serenos, cuya diafanidad inútilmente quieren alterar facciones sin programa y sin arraigo. El paso de la presidencia Faure a la presidencia Loubet nos maravilla por lo fácil primero, después por lo tranquilo. Donde se cumplen así las leyes constitucionales, muy contrastadas siempre por los dogmatismos y las pasiones a los dogmatismos consiguientes, bien pueden todas las demás leyes, si hay voluntad para ello en los poderes públicos y sus delegados, cumplirse con una exactitud matemática y un rigor mecánico. Apenas muerto el presidente, ó constreñido a cesar por el término legal de su presidencia, ó dimisionario, la mesa del Senado reúne las dos Cámaras en un Congreso dentro del palacio de Versalles, y este Congreso, grande conclave político, designa el nuevo jefe de la nación, a veces en un solo escrutinio; y este jefe se ve obedecido desde un extremo a otro de Francia con la mayor obediencia. ¡Cuánto costara este resultado, el cual no se hubiera conseguido sino pasando por una tan dolorosa vía como la revolución francesa! Frustración de los antiguos Parlamentos y de los arqueológicos Notables; cita de los Estados generales en la iglesia del Espíritu Santo de Versalles; porfías de las antiguas clases entre sí mismas y con la tradicional realeza; negativa de los plebeyos a disolverse por mandato del rey; juramento proclamando en el Trinquete la Soberanía Nacional y estableciendo la Nación Soberana; toma de la Bastilla por el pueblo; traslado de los reyes a París cautivos para que acepten por fuerza la Constitución que no quieren aceptar de grado; aparición del Congreso Constituyente; metamorfosis universal.

* *

Un día Marat, empuñando aquella pluma que creía él un cetro de monarca y en realidad sólo era un puñal de asesino, en el camaranchón donde habitaba, calle de los Franciscanos, exclamó: «Con este mísero instrumento he trasladado la soberanía desde los palacios reales a nuestra triste y desnuda vivienda. Versalles se asemeja naturalmente a su constructor, Luis XIV, como se asemeja naturalmente a su constructor, Felipe II, el Escorial. Pero la sombra del rey, quien, imaginándose un Dios, erigiera tanto palacio para su divinidad y la divinidad de sus frágiles sucesores, ha desaparecido, y en su lugar solamente se ve y se toca la soberanía del pueblo, nombrando cualquier plebeyo a la jefatura del Estado, la cual no es ya, como antaño, una persona ó una familia, es toda la nación. Dígase cuanto se quiera, ¡cuál transformación, esta profunda transformación, de suyo tan laudable, y cómo prospera la libertad de Francia con la libertad de todos los pueblos! Mas hay mucha gente que no quiere a la evidencia rendirse, y conserva junto a las viejas creencias las viejas costumbres de otros tiempos, no comprendiendo como nada importa que tales ideas se guarden vivas en algunos espíritus aislados, si no trascienden a toda la sociedad y no cambian los sentimientos; y así creen cosa factible destruir por un golpe de mano una obra geológica, producto de las ideas humanas y del tiempo eterno en la sucesión de los siglos.

* *

Tal sucede con el poeta Deroulede, quien parece imposibilitado de calcular hasta dónde llega el esfuerzo individual aislado y cómo una creencia particular no puede prevalecer sobre las creencias generales de una sociedad y de una época. Deroulede profesa el dogma plebiscitario, enemigo del gobierno más perfecto que conocen los hombres, enemigo de la Constitución parlamentaria, único régimen capaz de aliar el progreso con la estabilidad, y organizar el gobierno de las naciones por sí mismas en armonía con los derechos personales é íntimos de cada ciudadano. Y a pesar de componer ligas, sumar escuelas, concurrir a todas las aglomeraciones de gentes, decir sin tasa versos patrióticos en loor del Cé-

sar y de su complemento el pretoriano, jamás ha podido hacer con el segundo Imperio lo que Girardin en la prensa, Thiers en la historia, Beranger en a



PABLO DEROULEDE

poesía hicieron con el primer Imperio: rehacerlo y restaurarlo. En vano se adhirió a las filas de todos los malcontentos, ayudó cuantas conspiraciones tramara la estulta confianza de los pretendientes, caricaturó é investió el régimen establecido; la sociedad no le oía, prefiriendo a todas las innovaciones temerarias, verdaderas vejees arqueológicas, la estabilidad en unas instituciones bastante fuertes para servir de áncora y seguro al orden, bastante progresivas para mantener incólume la libertad.

* *

El atentado último del buen Deroulede prueba cuán alejado se halla de la viviente realidad. Quien cree con una pitada cambiar un gobierno, como el maquinista de cualquier teatro cambia con un pito las decoraciones, resueltamente ignora el abecedario de la política. En los funerales del presidente Faure había pedido el poeta plebiscitario un oficial puesto, y no habiéndolo encontrado, por carecer la sociedad que presidía él de todo carácter oficial, juró hacer una que fuese sonada. Con efecto, volvía de la carrera fúnebre una porción del ejército, grupo, destacamento, batallón, como queráis llamarlo, dirigido por un general que fuera subsecretario del ministro Cavaignac, ministro socialista y pretorianesco al mismo tiempo. Aquí que no peco, debió decir Deroulede para su capote, y cogiendo por las bridas la cabalgadura del general, invítóle a que torciera su camino y se fuese al Elíseo para desde allí sustituir al gobierno que la nación se ha dado, el gobierno con que sueñan los conspiradores. El general apartó con una blanda insinuación de su gesto y un toque rápido de su espada el brazo irreverente y prosiguió su camino. Pero Deroulede no desistió. Valiéndose de la confusión, que siempre sigue a un gran golpe de gente armada, entróse de rondón en el cuartel y allí continuó perorando contra la República parlamentaria y a favor de la República cesárea. El general no tuvo más remedio que ponerle la mano encima y encerrarlo preso en el cuarto de banderas. La Cámara de diputados aprobó la prisión y autorizó el proceso. Deroulede pagará con algunos meses de cautividad tal aventura dramática que quiere levantar él a la categoría de un atentado político. Según su honrada exaltación, Deroulede cree posible improvisar en cualquier momento y en cualquier parte un Imperio como el que improvisó la noche del 2 de diciembre Napoleón III, sin caer en la cuenta de que ninguna ceremonia imperial conmueve hoy a Francia como la conmovió el traslado a los Inválidos de las cenizas del gran Napoleón; de que no hay ningún Beranger cantando la epopeya cesárea en su laúd popular; de que no se han escrito las innumerables fórmulas trazadas por Girardin para producir y justificar la dictadura; de que no existe la formidable tendencia comunista del cuarenta y ocho; de que nadie ha invadido las Asambleas de esta tercera República como fueron invadidos los Congresos de la primera y de la segunda; que no se han formado los talleres nacionales y no han caído sobre París en jornadas de junio; por todo lo cual se puede contar con un pueblo sumiso y un ejército fiel.

Madrid, 6 de marzo de 1899.

JAIME GARNELO FILLOL

En los comienzos de su carrera artística, cuando recientes y señalados triunfos podían servirle de noble estímulo para acrecentar su entusiasmo y avalorar sus aptitudes, ha terminado su existencia el distinguido pintor valenciano Jaime Garnelo Fillol. Joven, pues apenas contaba veintiocho años, había logrado singularizarse de tal suerte, que su nombre figuraba ya entre el de aquellos artistas meritorios que tanto han enaltecido con sus obras la hermosa ciudad del Turia y la escuela que tantas glorias representa para el arte patrio. Nacido en Valencia, allí ha dejado de existir presa de rápida dolencia que en cortísimo plazo ha destruido su organismo, conservando siempre la claridad de su poderosa inteligencia.

Al igual de los Benlliure, Salas y otros más, formaba parte de una familia de artistas que han logrado distinguirse. Primo de José Garnelo, el laureado autor de *Un duelo interrumpido*, y hermano de Isidoro Garnelo, autor del notable lienzo *San Vicente Ferrer*, había de seguir las huellas trazadas por sus deudos; y que así logró realizar sus propósitos atestiguando sus rápidos progresos durante el transcurso de sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Valencia y en la Academia de San Fernando y las recompensas obtenidas en las dos últimas Exposiciones celebradas en Madrid. En ellas revélase Jaime Garnelo como pintor de grandes alientos, de fácil ejecución y brillante colorido, cualidades que avaloraban la simplicidad de los asuntos por él escogidos, saturados de delicadeza y poesía. Muestra de ello son sus dos lienzos titulados *Los dos amigos* y *¿Ves? Si no hace nada*, que fueron adquiridos por el Estado y que tan dignamente figuran en el Museo de arte moderno. De natural bondadoso y modesto, no le envanecieron tales distinciones y sí sólo sirvieron para alentar su espíritu,



† JAIME GARNELO FILLOL, distinguido pintor valenciano

cimentar sus altas dotes y estimularle para acometer la ejecución de otras obras que por desgracia no ha podido realizar.

Entregado por completo al cultivo del arte, ha producido un número harto considerable de obras si se tiene en cuenta el corto período de su paso entre nosotros. Algunas de ellas son verdaderos idilios, señalándose todas por el delicadísimo sentimiento que

entrañan, destinadas á glorificar los afectos más puros y á enaltecer cuanto ennoblecce y eleva el espíritu.

De hoy más el nombre de Jaime Garnelo Fillol formará parte, según hemos dicho, de esa pléyade de artistas que como Sorolla, Muñoz Degraín, Benlliure, Domingo, Juste, Agrasot, Ferrándiz y otros más, tantos merecimientos han conquistado y tan dignamente representan la celebrada escuela valenciana.

Los que fueron sus compañeros aprésentense para organizar, en la que fué su ciudad querida, una exposición de sus obras, para honrar su memoria. A igual objeto encamínanse estos renglones. Descanse en paz el malogrado artista, y lamentemos que la muerte haya impedido que Jaime Garnelo realizara lo mucho que podía esperarse de su privilegiado ingenio.

A. GARCÍA LLANSÓ.

EXPOSICION EXTRAORDINARIA DE BELLAS ARTES SALÓN PARÉS

Acaba de celebrarse en el Salón Parés la décimasexta Exposición extraordinaria de Bellas Artes, y esta manifestación artística, no interrumpida durante un período de dieciséis años, bien merece llamar la atención, con mayor motivo cuando su origen y sostenimiento se debe á la iniciativa particular. Al calor de aquel centro han acudido siempre los artistas, que allí han hallado ocasión y medio para dar á conocer sus producciones, y el público barcelonés, dando con ello muestra de su cultura, ha demostrado asimismo el interés y la simpatía que le merecen esta clase de exhibiciones, que por fortuna forman ya parte de las costumbres de nuestra ciudad.

En la Exposición á que nos referimos llama la atención la armonía de tonalidades y lo razonado de



Los dos amigos, cuadro del malogrado pintor Jaime Garnelo Fillol



llos procedimientos. Aquellos artistas que momentáneamente y alucinados por la corriente revolucionaria abandonaron la senda que emprendieron, han vuelto al punto de partida, distinguiéndose algunos por haber adoptado, con plausible acierto, lo que reunía condiciones para fusionarse con sus elementos personales, resultando perfectamente deslindadas y definidas las agrupaciones que en conjunto representan la escuela pictórica de nuestra región.

De la terra titúlase el cuadro de Juan Llimona, y las dos campesinas que se destacan en un hermoso paisaje, figuran á la cabeza de las composiciones de carácter ruralista, sin que alguna de ellas rebase los límites de lo discreto, puesto que aun el mismo Llimona, que tan maestro se ha mostrado algunas veces en este género de producciones, no alcanza á convencernos de la bondad absoluta de su obra por la indecisión con que están trazadas las figuras. En cambio Modesto Urgell aparece consecuente é inmutable. Dueño absoluto de la nota tristoná y melancólica, sólo tiene en su abono el soberano dominio con que la representa, en el que no tiene parejo ni cabe la comparación. No sucede así respecto de José Masrera y de Joaquín Agrasot, puesto que ambos presentan dos hermosos paisajes con derroches de luz y de color dignos de su paleta y de su buen nombre. *La terra molla*, de Raurich, es un lienzo recomendable, de sólida factura, que representa con exactitud un país pantanoso, cuyas emanaciones envenenan el aire y en el que se presiente la muerte entre las robustas galas de la naturaleza.

De carácter marcadamente francés es el gran lienzo del pintor chileno Sr. Correa. Una campesina abrevando una vaca es el tema desarrollado por el artista, que ha logrado ejecutar una obra muy recomendable, puesto que el paisaje constituye un hermoso fondo, sin que distraiga ni menoscabe el valor de la figura de la garrida campesina y de la vaca, trazadas en algunos trozos con gran relieve, demostrando el autor la justicia con que el gobierno de su país le otorgó la pensión de que disfruta.

Cabecera de los cuadros de género es el del maestro Ribera, representando un grupo de excursionistas en los Pirineos, pintado con el acierto y distinción que constituyen la nota característica de todas sus producciones. Francisco Masrera presenta tres obras, entre ellas una bonita *Morfínmana*, que no puede convencernos de su dolencia ni evitar que admiremos

lismo que enaltece. *Mayo* y *Crisantemos* producen un encanto indecible, y *En el campo* es una nota be-

nes de Sans Castaño, especialmente la titulada *Entre bastidores*, y de difícil ejecución el *Descanso en el ensayo*, de Ramiro Lorenzale, por la nota rojiza obligada del escenario y platea del Gran Teatro del Liceo, que es el medio escogido por el artista.

Las dos chulas de Ramón Casas son dignas de su buen nombre, y las bonitas cabezas presentadas por Torres Fuster, singularmente la titulada *Ensueño*, revelan notables progresos en su autor y tendencia marcadísima al idealismo y á la belleza. La Sra. Ubach ha aportado una media figura pintada con elegancia y simplicidad.

Un hermoso retrato de Bouguereau ostenta la firma de Carlos Pellicer, que es á nuestro juicio una obra que le enaltece, pues está ejecutada con espontaneidad, de amplia factura y amasado el color con verdadero conocimiento de la técnica. Sigue á éste otro del conocido autor dramático señor

Ferrer y Codina, de notable parecido, pintado por Antonio Coll, y el ejecutado por Luis Graner, que asimismo ha procurado dar muestra de su habilidad para obtener los efectos luminosos que tan bien interpreta.

Cusachs exhibe un hermoso lienzo representando un grupo de *Dragones franceses* abrevando el ganado á la entrada de un pueblo. Los caballos, la situación de cada jinete, los pormenores todos patentizan un perfecto conocimiento del asunto y las aptitudes que posee este artista para el cultivo del género de pintura militar, en el que no tiene en nuestro país otro que le aventaje, á excepción del maestro Unceta. A uno y otro, dentro de su respectiva esfera de acción, cábeles la gloria, como á Neuville y Detaille en la vecina nación, de haber dado á conocer nuestro ejército en su aspecto más noble, despertando el amor á la patria por medio de la evocación de hechos memorables.

Dionisio Baixeras presenta un bien estudiado grupo de pescadores arreglando las redes en la playa, y Onofre Garí una barca en el momento en que sus tripulantes se entregan á la pesca llamada del *bou*. El mallorquín Antonio Ribas ha aportado otro lienzo de asunto análogo, y Ricardo Martí una hermosa marina, de gran efecto, que nos recuerda las que brotaron de la paleta de su padre y maestro el malogrado D. Ramón Martí y Alsina. La *Marina de Amberes*, de José María Marqués, es digna compañera de las que tantos aplausos le han merecido.

Las *Luciernagas*, de Soler de las Casas, cuadran perfectamente á su temperamento de artista y poeta, como revela estudio y cuidadosa ejecución la bonita acuarela de Brunet, representando el primoroso Coro de la Catedral de Burgos. Plácemes merece también el Sr. Gili Roig por su *Pubilleta*, el Sr. Pinós por su *Procesión*, Matilla por sus *estudios* y Julio Borrell por sus dibujos al lápiz.

Los lienzos de Santiago Rusiñol representan una nueva fase del artista. El pintor de las galas de la naturaleza, el intérprete del naturalismo, el simbolista, preséntase hoy sugestivo, hondamente dominado por la melancolía, místico, anteponiendo la manifestación angustiosa del espíritu al duro realismo de la materia. *Extasis*, inspirado en las obras de los grandes maestros del misticismo, impresiona profundamente, puesto que en la demacrada faz del novicio vese el reflejo de los apóstoles del ascetismo, la aureola que debió servir de nimbo á los compañeros del de Asís, y preséntense las sensaciones que experimentaron aquellos pintores que nos legaron obras que aún hoy tan poderosa influencia ejercen en nuestro espíritu. *Paroxismo* y *Un novicio*, aunque de la misma índole, han de estimarse más como muestras de habilidad artística, mereciendo sinceros elogios el notable retrato de nuestro distinguido amigo Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*, de extraordinario parecido y de difícilísima ejecución por la tonalidad adoptada.

En resumen: los ciento treinta y cinco cuadros que forman la exposición representan dignamente, en esta más que en las anteriores exhibiciones, el movimiento artístico de nuestra región.

A. GARCÍA LLANSÓ



MEDIODÍA, cuadro de José Masrera (Exposición París)

llísima, interpretada con inteligencia y maestría. A otro orden de consideraciones obedece *La convaleciente*, de Manuel Feliu, que lleva consigo el sello



ENSUEÑO, cuadro de Antonio Torres Fuster

de la castiza gama distintiva del artista, y que sin rebuscamientos ni exageraciones representa con fidelidad á una niña enferma, sin el mentido aspecto del modelo ni la sugestiva impresión de un realismo



EN EL BOSQUE, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición París)

la habilidad del campeón de la belleza. Verdaderamente notables son los tres cuadros de Tamburini: en todos se revela el artista que procura dar forma delicada á sus concepciones inspiradas por un idea-

acentuado. Bien pintado resulta el *Descanso del modelo*, de Félix Mestres, y de minuciosa factura los dos cuadritos de Garate, que demuestran á cuánto alcanza su habilidad. Discretas son las dos produccio-

LA PETACA

(LOS RECUERDOS DE UN CURIAL)

El juez, mi amigo de la infancia, á quien correspondía hacer la guardia aquella noche, y que era hombre recto é inteligente, apurando de un trago la



GITANILLA, cuadro de Antonio Torres Fuster (Exposición París)

copa de cerveza que tenía encima de su mesa de despacho, me dijo al tiempo que me daba un cigarro:

- Ese que acabas de ver, es una buena pieza. Es el famoso Pinquert, el caco

más ingenioso de cuantos he conocido; él fué el del famoso timo «de la petaca.»

- ¿De la petaca?, pregunté á mi amigo.

- Sí, ¿no lo conoces?

Y como mi respuesta fuese negativa, el juez me refirió lo siguiente:

«Hacé ya muchos años, porque ese hombre ahí donde le ves es ya muy viejo, que llegó á uno de los balnearios franceses más en boga entonces un caballero elegantísimo, joven y apuesto. Hablaba el tal muy correctamente varios idiomas, y esta circunstancia unida á su amena conversación hicieronle pronto trabar relaciones con los más encopetados bañistas. Lo mismo por las noches en los bailes y conciertos que se improvisaban en el salón de fiestas, que por el día en jiras y excursiones á los alrededores del establecimiento, Mr. Pinquert era siempre uno de los indispensables, ya tocase el piano, ó bien refriese sus aventuras de viajes.

»Según había dicho él, y todos tuvieron por indudable, era el primogénito de un noble inglés á quien había heredado una cuantiosa fortuna, por lo que el distinguido veraneante era á la sazón el poseedor de extensos territorios en el Reino Unido y de una buena cuenta corriente en el Banco de Londres.

»Pero este perfecto caballero tenía sin embargo muy arraigado un vicio, que casi puede decirse que era común á todos los bañistas: el de jugar, y jugar fuerte.

»Todas las noches, en uno de los saloncitos de la planta baja, reuníanse el marqués de Alvira, el general Ruiz, el condesito del Pozo, dos ó tres oficiales del ejército, dos diplomáticos extranjeros, lo más escogido en una palabra de la



EXTASIS, cuadro de Santiago Rusiñol (Exposición París)



Entre bastidores, cuadro de Francisco Sans Castaño (Exposición París)



colonia veraniega, para jugarse unos cuantos cientos y á veces miles de pesetas. No hace falta decir que Pinquert era siempre uno de los de la partida, y no de los más desgraciados por cierto, pues solía ganar respetables cantidades, sobre todo cuando él tallaba, cosa que hacía con irreprochable limpieza.

Pinquert, que no fumaba más que cigarros puros de las mejores marcas, usaba una petaca que desde los primeros momentos llamó la atención de todos, especialmente del marqués de Alvira, quien atribuyó á la alhaja un exorbitante valor. Era aquella, en efecto, de gran tamaño, como hecha á propósito para contener gruesos habanos; de oro, labrada con exquisito arte y buen gusto, pero sin cifra alguna y con varios brillantes, perlas y rubíes finamente incrustados en su exterior. Desde luego echábase de ver que la petaca era un objeto antiguo, capricho de algún millonario extravagante.

»Cierta día en que casi todos aquellos señores conversaban, el caballero inglés repartió á sus amigos, como á menudo solía hacerlo, unos cigarros que sacó de la petaca.

— »Lleva usted, dijo el general Ruiz al verla, una magnífica alhaja.

— »No tendría inconveniente en adquirir una igual, añadió inmediatamente el marqués.

»El inglés sonrió y muy flemáticamente dijo:

— »Señores, varias veces he observado que miran ustedes con cierta admiración mi petaca, y me creo en el deber de manifestarles que esta alhaja no tiene casi más valor que el de su construcción; es oro sí, pero todas sus piedras son falsas.

»Y Pinquert pareció recalcar esta palabra.

»La petaca pasó de mano en mano. El marqués, después de mirarla y remirla, exclamó como si los ojos se le fueran á ir detrás de la alhaja:

— »¡Brava pieza!

»Pero su poseedor, siempre con la misma calma, explicó que, á pesar de ser falsas las piedras, jamás se separaría de ella ni por todo el oro del mundo: lo que para ningún otro apenas si tenía valor, para él, por ser un recuerdo de su padre, quien á su vez lo había recibido del suyo al morir éste, tenía un valor inapreciable. Además, algo supersticioso el inglés, veía en aquel objeto que de padres á hijos venía transmitiéndose desde hacía cuatro ó cinco generaciones, algo así como un misterioso amuleto y un símbolo de sus señoríos en la tierra inglesa.

»No volvió á hablarse en algunos días de la petaca, que á pesar de la alta estima en que aseguraba tenerla su dueño, estuvo á punto de quedarse olvidada encima de la mesa de juego una ó dos noches en que su propietario se engolfó más que de costumbre.

»Transcurrió algún tiempo, un breve plazo, durante el cual el extranjero siguió como sus amigos ganando unas veces y perdiendo otras; pero una noche, la de ordinario buena suerte de Mr. Pinquert cambió de repente; «la racha,» como decía el condesito del Pozo, «había quebrado.» Pinquert, por la primera vez de su vida alterado y de mal humor, apuntó hasta el último billete de los que tuvo en su repleta cartera, y sin embargo, anhelaba jugar más, seguir probando su suerte, desquitarse de lo perdido, á ser posible de un solo golpe, ó arruinarse para siempre. ¡Ah, si él hubiera tenido allí todo el enorme saldo que á su favor tenía el Banco de Londres!

»La fiebre del juego se había apoderado ya de aquellos señores tan corteses de ordinario.

— »¡Va mi petaca!, gritó ronco y destemplado el inglés, y la puso encima del tapete.

»El marqués le hubiera cogido la palabra, como vulgarmente se dice, si no hubieran estado presentes los demás señores; se contuvo, pero no pudo por menos de ofrecer su dinero al inglés. Éste no tuvo inconveniente en aceptar una pequeña suma — unas mil pesetas, — pero como buen inglés no transigió con el préstamo sino dejando en prenda su petaca: sólo así es como lo aceptaba; podía morir aquella noche y perdería aquel dinero el marqués de Alvira; no era ocasión de redactar y firmar un documento... Al siguiente día y por teléfono Mr. Pinquert pediría dinero á su apoderado en Londres y se le giraría en el acto; entonces, pagando al marqués, éste le devolvería su petaca. Si antes ganaba, entonces no habría lugar á tanta espera.

»Así se convino, pero con bastantes menos palabras que con las que yo acabo de contártelo.

»Aquellas mil pesetas y otras dos mil dejólas Pinquert sobre la mesa para que se las distribuyesen sus amigos.

»El se fué renegando á la sala del piano.

»Pero al siguiente día, el mismo en que Pinquert telegrafió urgente á Londres, desde la inmediata estación del ferrocarril, el marqués se avistaba con un platero del pueblo inmediato, el cual le afirmaba que las piedras de la petaca eran buenas, y que no

tenía inconveniente alguno en darle por la alhaja la friolera de siete mil duros. Los ojillos del marqués brillaron de codicia; no en vano tenía fama de usurero.

»Ya lo suponía él, que nunca se engañaba, que la petaca de Mr. Pinquert valía un dineral.

»Regresaron uno y otro al balneario, y á la tarde del siguiente día el inglés, que por lo visto ya había recibido el giro, recuperó su petaca previo el pago de las tres mil pesetas. Pero el marqués insistió más que nunca en que le vendiese la alhaja; llegó á ofrecerle hasta cuatro mil duros al propietario, pero éste se negó á admitirlos de la manera más rotunda. Y eso que lo que le habían enviado, por una equivocación que Pinquert explicaba sencillamente, era bien poco.

»Por la noche el inglés jugó y perdió unas dos mil pesetas. Entonces, ya sin rebozo alguno, el marqués volvió á las andadas. La pesadez del de Alvira rayó



EN EL BAILE, cuadro de Visitación Ubach
(Exposición Parés)

en lo indecible, la necesidad de dinero para seguir jugando por parte del inglés era extremada. Pinquert negóse al principio, pero el marqués fué subiendo el precio de la venta y llegó por fin á seis mil duros. El inglés aceptó.

»Pero antes aseguró muy alto, en presencia de todos, incluso de alguna señora, que las piedras eran falsas, que aquella petaca valdría todo lo más mil pesetas.

»Al amanecer salía el marqués para el pueblo próximo y al mediodía regresaba triste y airado.

»El platero le había enviado enhoramala; aquella petaca exactamente igual al parecer á la [otra...], ¡era falsa!

»Mr. Pinquert ya lo había dicho públicamente; justo era que el marqués pagase su capricho. Y menos mal que el inglés no le llevó á los tribunales por injuria y calumnia.

»El misterioso extranjero abandonaba tranquilamente el balneario al poco tiempo.»

— »¿De modo que?.., pregunté al juez como deseando ampliar la historia.

— Que Pinquert, ese que has visto, tenía dos petacas iguales por su aspecto, pero una de ellas falsa: hizo el *cambiazó* y *timó* al marqués.

Y mi amigo de la infancia, con un tono menos familiar, como si estuviera en un juicio, cual si tuviese puestos la toga y el birrete, añadió:

— El señor marqués pretendía engañar á Pinquert abusando de su vicio: ¡justo castigo á su perversidad y su avaricia!

P. GÓMEZ CANDELA



FRASES POPULARES

¡FAMOSOS COMO LOS TRABAJOS DE HÉRCULES!

¡MÁS LADRÓN QUE CACO!

Non plus ultra

El nombre de Hércules es común á varios héroes de la antigüedad.

Herodoto asigna el primer lugar de los así llamados á Hércules de Egipto, afirmando que fué uno de los doce monarcas que en época lejana reinaron juntos en la región del Nilo, el cual soberano, añade el eximio historiador, exigió para memoria de sus conquistas las columnas de Africa.

A Hércules *Fenicio*, denominado por otros *Tiriano*, á causa del fastuoso culto que le rindieron en la ciudad de Tiro, se le atribuye el arte de teñir la púrpura ó grana de la observación hecha en un perro cuyos dientes habían quedado tintos en rojo después de comer cierto pescado; pero Hércules *Tebano*, conocido también por Alcides, es el preferido de la fábula, á quien los griegos, según costumbre con los naturales de su patria, le acumulan las notables acciones ejecutadas por otros Hércules.

Si bien el esforzado *Tebano* pasa por hijo de Anfitrión (1) y de la hermosa Alcmena ó Alcumena, créese que la paternidad corresponde al propio Júpiter, el cual adoptó las facciones de aquel guerrero mientras peleaba contra los telesianos, asegurando también los mitólogos que Juno sintió como ninguna esta infidelidad de su esposo por haber decretado el Destino hacer muy célebre el fruto de tal matrimonio; y con objeto de contrarrestar sus mandatos urdió la ofendida diosa una serie de intrigas que la proporcionaron el logro de sus deseos, pues consiguió que otro varón concebido al mismo tiempo que el *non nato* hijo de Alcumena ejerciera sobre él, si nacía primero, absoluta autoridad en un período de doce años, obteniendo más tarde de la rara condescendencia de Jove que Micipa, reina de Argos, diese á luz veinticuatro horas antes á Euriteo.

A semejante circunstancia se debió que Hércules viniese al mundo siendo esclavo de este príncipe argivo.

No satisfecha la implacable Juno con el triunfo alcanzado, envió dos serpientes á la cuna del tierno Alcides; pero las ahogó el niño con sus ya poderosas manos antes de que pudieran morderle. Admirada del caso y enternecida ante las reiteradas súplicas de Minerva, consintió en darle el seno para que fuera inmortal; mas mordióle con tanta fuerza la criatura, que saltó el precioso líquido hasta la bóveda celeste y se formó la *Vía láctea*.

Luego de recibir esmerada educación y de ejercitar su robusto cuerpo en las penosas faenas del campo, á que por sus travesuras le castigaran sus padres, tuvo que acudir el *Tebano* al llamamiento de su dueño Euriteo, quien, aconsejado de la esposa de Júpiter, le ocupó en arriesgadísimas empresas conocidas con el típico nombre de *Los doce trabajos de Hércules*, por alusión á los años de su esclavitud, cuyas hazañas se mencionan sucintamente á continuación:

1.^a Combate con un enorme león que talaba el monte Apeso, inmediato á la ciudad de Nemea (Grecia), vistiendo en lo sucesivo el fornido Alcides la piel de aquel animal. 2.^a Lucha terrible con la *Hidra de Lerna*, repugnante engendro de siete cabezas, que, de no cercenarlas de un solo tajo, retoñaban y acometían. 3.^a Caza de un feroz jabalí que tenía aterrados á los moradores de Erimanto (Arcadia). 4.^a Apoderarse de veloz corza de cuernos de oro y pies de bronce. 5.^a Destruir las aves gigantes del lago Stínfalo (Arcadia), que por extraño capricho de la Naturaleza habían nacido con pico y garras de acero. 6.^a Dar muerte al famoso toro de Creta, que al embestir despedía llamas por los ojos y narices. 7.^a Despejar los establos del rico hacendado Angías, capaces para su ganadería de 3.000 bueyes, cabras y ovejas. 8.^a Hurtar los rebaños al triple monstruo Gerión, monarca (?) de la antigua Gades (Cádiz). 9.^a Obligar á Diome-

(1) Rey de Tebas que todavía representa la espléndidez y regalo en los banquetes. Cuentan que jamás comió solo y que su mesa era la preferida de los dioses.

dos, soberano de la Tracia, á dar muerte á sus caballos, que alimentaba con carne humana. 10.^a Robar las manzanas de oro del renombrado Jardín de las Hespérides. 11.^a Sustraer á Hipólita, reina de las guerreras amazonas, el cinturón que le servía de talismán en los combates. Y 12.^a Rescatar de los infiernos á Teseo.

Llevadas á cabo sin experimentar el menor contratiempo tan asombrosas proezas, los dioses admitieron á Hércules en el Olimpo apadrinando su enlace con Hebe, divinidad que representa la Juventud.

Dícese que al atravesar Alcides la Italia para restituirse á Grecia, Aventino Sylvio, rey de los latinos, le rogó que por algún tiempo custodiase sus ovejas y sus bueyes, de día en día más mermados por ocultos criminales. El héroe Tebano, no sólo se mostró propicio á las indicaciones del monarca, sino que declaró no necesitar de otros guardas ni más auxilio que la propia observación y su particular esfuerzo; pero no obstante su exquisita vigilancia, le hurtaron doce bueyes en el transcurso de la primera noche.

Advertido el robo, Hércules buscó en vano y registró inútilmente, acompañado de inteligentes mansos, las cercanías de sus establos, sin reflexionar que pudiesen estar ocultos en la gruta de un camarada, pues las huellas de iguales cuadrúpedos que percibió señaladas al revés en el húmedo suelo le persuadían de lo contrario; mas cediendo á la evidencia cuando á los mugidos de sus domesticados animales contestaron otros del interior de aquella cueva, forzó colérico su entrada y con recios golpes de su clava molió al pastor ladrón, llamado Caco, que se había apoderado de las bestias asiéndolas de la cola y obligándolas así á llegar á su guarida.

Según los «Fastos» de Ovidio, Caco, sinónimo de *Malo*, fué hijo de Vulcano, y por irresistible inclinación se dedicó al robo, asesinando é incendiando las casas que asaltaba con objeto de no dejar vestigios comprometores. Algún fabulista añade que este popular malhechor habitó la España Tarraconesa, dando su nombre al monte *Caco*, por corrupción *Mont-Caco* y al presente *Moncayo*, situado, como es sabido, en los confines de Castilla la Vieja.

Se dice que cuando Hércules vino á Cádiz á luchar con el rey Gerión, erigió las columnas de su nombre en los cerros de Calpe y Avila con la inscripción de *Non ultra*, creyendo que no existían más tierras hacia el Occidente; pero los antiguos geógrafos afirman que no hubo tal, sino que se llamaron así aquellas alturas de España y Africa porque de lejos se asemejan á dos grandes columnas.

Descubierta la América, el emperador Carlos V quiso dar á entender que adelantó á Hércules en sus conquistas y tomó para su personal divisa, que luego adoptó para su escudo la casa de Austria, el lema tan conocido *Plus ultra*...

LOPE BARRÓN



LA CANCIÓN DEL ARROYO, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

LA CANCIÓN DEL ARROYO

A. Daniel Vierge.

Soy el arroyo de la calle, el bondadoso arroyo que la muchedumbre pisa incesantemente y sin respeto alguno.



LA CANCIÓN DEL ARROYO, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

Ora esté enmaderado, ora empedrado, de un extremo á otro de la ciudad siempre seré el arroyo, el vil arroyo que todos manchan y ensucian sin el menor pesar.

bondad y mi mansedumbre te han hecho formar de mí un concepto equivocado, pero sabe que he de hacer llorar á toda tu raza.

Cuando sobre mí se extiende la escarcha, resbalas por mis picos redondos y alisados, y dando con tu cuerpo en tierra te rompes piernas y brazos.

Y no es esto solo: si algún día el pueblo se enfurece y con mis piedras levanta una barricada, desde ésta ofrezco mi protección al revolucionario que pondrá término á tu existencia.

Soy el arroyo de la calle, el bondadoso arroyo que la muchedumbre pisa incesantemente y sin respeto alguno.

Ora esté enmaderado, ora empedrado, de un extremo á otro de la ciudad siempre seré el arroyo, el vil arroyo que todos manchan y ensucian sin el menor pesar.

¡Pobre mendigo sin amparo que andas por la tierra con los pies desnudos y te acuestas debajo de los arcos de los puentes! Para ti seré bueno y seré blando. ¡Pobre mendigo!, tiéndete sobre mis piedras y nada temas. Cierra tus párpados y duérmete, que para todos tengo sitio.

JERÓNIMO DOUCET

NUESTROS GRABADOS

Psiquis, cuadro de J. D. Curzon. — Era Psiquis tan bella, según cuenta la mitología, que llegó á despertar la envidia de la propia Venus, la cual para vengarse de ella ordenó á Cupido que la inspirase amor por el más despreciable de los hombres; pero Cupido enamoróse de Psiquis y la condujo á un lugar delicioso donde secretamente la visitaba todas las noches. Las hermanas de la hermosa doncella, envidiosas de su felicidad, le hicieron creer que su amante era un monstruo espantoso; para cerciorarse de ello, quiso una noche examinar el rostro de Cupido á la luz de una lámpara, pero desprendióse de ésta una gota de aceite hirviendo que fué á caer sobre la espalda del Amor, el cual despertó y desapareció reprochando á la joven su desconfianza. Psiquis, desesperada, quiso morir arrojándose al mar; pero las olas la devolvieron á la orilla, y errante anduvo de templo en templo, siempre en busca de Cupido, hasta llegar al palacio de Venus. La diosa ofrecióle hos-





PSIQUIS, cuadro de J. D. Curzon

BIBLIOTECA ARTISTICA ATENAS 1818



ALFONSO GARCÍA FIGUEROA, LITERARIO
MADRID
1870

EL ÁNGEL DE LA CONSOLACIÓN, cuadro de O. Lingner

pitalidad, pero tratóla como esclava, y hubiera la doncella subcumbido á tantos sufrimientos si Amor, que seguía queriéndola, no la hubiese protegido. Una de las pruebas á que la sometió Vénus consistió en hacerla descender á los infiernos y traer una cajita con una pomada de la belleza que le había de entregar Proserpina. Psiquis venció en la primera parte de la prueba; pero al salir del averno, impulsada por la curiosidad, quiso abrir la cajita fatal, de la que se escaparon unos vapores que la dejaron sin vida. Cupido, con una de sus flechas, logró resucitarla, y reconciliada al fin con Venus, Psiquis, hecha inmortal por Júpiter, se unió para siempre con su amado. El autor del cuadro que reproducimos representa á Psiquis en el momento de ir á destapar la funesta caja: el contraste entre la figura hermosamente trazada y llena de luz, y el resto del lienzo, con sus monstruos, sus sombras y su fondo iluminado por infernales resplandores, es de un efecto bellísimo y bastaría por sí solo para acreditar el talento del artista.

El ángel de la consolación, cuadro de O. Lingner.—Si hermoso es el pensamiento en que este lienzo se inspira, no menos hermosa es la forma de que ha sabido revestirlo el artista. El ángel del Señor ha recogido á la pobre huérfana en el cementerio en donde descansan sus padres, y murmura á sus oídos palabras de consuelo que infunden en el corazón de la niña esa esperanza y esa resignación que sólo la idea de otra vida puede despertar. Grandiosa y noblemente concebida, la composición del celebrado artista berlinés ha sido considerada como una de las más notables de tan insigne pintor, que ha sabido encontrar la expresión justa para las dos figuras que dominan en el lienzo, y la nota de color y de ambiente apropiada para el melancólico paisaje que les sirve de fondo.

D. Eduardo Vidal y Valenciano.—El nombre de Vidal y Valenciano figura con razón entre los de los primeros poetas de Cataluña, y como autor dramático á él se debe, por decirlo así, el drama catalán. Este será, quizás, su mejor timbre de gloria. Nuestro teatro regional se alimentaba exclusivamente de obras cómicas; el público que asistía al Odeón, en donde aquellas obras se representaban, iba allí á reír, por lo menos así lo creían los autores que para el teatro catalán escribían: Vidal y Valenciano se propuso hacerle llorar. La prueba fué calificada por algunos de temeraria, y el día del estreno de *Tal farás tal trovarás*, que era el drama con que Vidal quiso ensayar el nuevo género, los actores encargados de su ejecución, artistas todos acostumbrados al aplauso, temían que la obra fracasara y con verdadero miedo representaron las primeras escenas. Sólo el autor confiaba: él mejor que nadie conocía el público y conocía sobre todo el corazón humano, que responde siempre á la voz del poeta, cuando el poeta sabe herirle en sus más sensibles fibras. Y el público aquella vez respondió:



D. EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO, celebrado poeta y autor dramático catalán, fallecido en Barcelona en 25 de febrero último (de fotografía de J. E. Puig).

el drama tuvo un éxito grandioso, y desde aquella memorable noche del 4 de abril de 1865, el teatro catalán fué teatro en toda la extensión de la palabra. Las producciones dramáticas de Vidal y Valenciano no bajan de cincuenta, y en todas ellas, lo mismo en las cómicas que en las de carácter dramático, resplandece el espíritu regional, el alma de nuestra tierra en sus diversas manifestaciones: sus comedias y sus dramas no son dramas y comedias en catalán; son dramas y comedias catalanas. Como poeta lírico, merece citarse también entre los más inspirados vates regionales: sus poesías, muchas de ellas premiadas en los Juegos Florales y en otros certámenes públicos, son expresión de los más delicados sentimientos, y en las que escribió para los coros de Clavé, de quien fué amigo íntimo y á cuya obra colaboró con verdadero entusiasmo, admíranse la viveza y colorido de las descripciones y el perfume popular que de todas se exhala. Su facilidad para escribir era tal, que cuando llegó de Méjico á Barcelona Zorrilla, escribió en pocas horas un apéndice en un acto, titulado *Ben vingut sta!*, que se representó en una función organizada por los escritores catalanes en el teatro Principal en honor del gran poeta castellano. Vidal y Valenciano dedicóse también al periodismo y á la política, defendiendo las ideas republicanas con tanta inteligencia como desinterés: al morir, era diputado provincial. En la Diputación, como en todas las corporaciones de que formó parte, era admirado y respetado por amigos y adversarios por su claro talento y por su intachable rectitud.

D. Antonio Muñoz Degraín.—El laureado artista que el día 19 de febrero último fué recibido en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, nació en Valencia en 18 de noviembre de 1843, estudió en la Academia de San Carlos de aquella ciudad bajo la dirección de D. Rafael Montesinos, y

desde el año 1858, en que por vez primera presentó sus cuadros en la exposición provincial valenciana, puede afirmarse que no ha habido en España certamen artístico á que no concurriera y pocos en los cuales no lograra altas y merecidas recompensas. En los comienzos de su carrera dedicóse principalmente al paisaje, habiendo producido entre otras notables



D. ANTONIO MUÑOZ DEGRAÍN, nuevo académico de la de Bellas Artes de San Fernando

obras de este género la *Vista tomada de los Pirineos Navarros*, *El crepúsculo vespertino*, *La sierra de las Agujas, tomada desde la loma de Caballernat* y *Vista del Pardo al disiparse la niebla*; pero á partir de la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1871 ha conquistado merecida fama como pintor de figura y de historia. Sus lienzos *Isabel la Católica cediendo sus joyas para la empresa de Colón*, *Otelo y Desdémona*, *Méndez Núñez herido á bordo de la «Numancia» en el combate del Callao*, *Los amantes de Teruel*, *La conversión de Recaredo* y *Los gitanos* son pruebas elocuentes de la justicia de la reputación universal de que goza Muñoz Degraín. Las medallas, obtenidas en públicos y reñidos certámenes, son innumerables, es comendador de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica, ha sido profesor de la Escuela de Bellas Artes de Málaga y desempeña actualmente la cátedra de Paisaje en la Academia de San Fernando. Su ingreso en la Academia de Bellas Artes es digna recompensa de una carrera brillante y de un talento y laboriosidad admirables, y ha sido acogida con gran aplauso por cuantos se interesan por el arte español contemporáneo, que tiene en el nuevo académico uno de sus más ilustres representantes.

El barón Julio de Reuter.—El barón Reuter, fallecido en Niza en 25 de febrero último, había nacido en Hesse-Cassel en 1816: desde muy joven trabó amistad con el famoso experimentalista en telegrafía, el profesor Ganos, y desde entonces dedicóse con entusiasmo á los estudios telegráficos, siendo uno de los que más contribuyeron al establecimiento de la telegrafía eléctrica. Cuando se inauguró el telégrafo entre Berlín y Aquisgrán, concibió el barón Reuter la idea de transmitir por aquel medio noticias á los periódicos, estableciendo en 1849 una agencia en París y trasladando la base de sus operaciones á Londres cuando en 1851 se tendió el cable entre Douvres y Calais. En 1865 obtuvo la concesión del cable entre Inglaterra y Alemania y del que había de poner en comunicación á Francia con América. En 1872, el shah de Persia le otorgó el privilegio exclusivo para la explotación de los ferrocarriles y minas persas, pero esta concesión fué anulada en 1889 á consecuencia de algunas complicaciones internacionales. La agencia de su nombre es una de las que gozan de mayor favor en la prensa del mundo entero, cabiéndole al barón de Reuter la gloria de haber sido el creador de estas instituciones de información que tan valiosos servicios prestan. El título de barón se lo confirió el duque de Sajonia Coburgo Gotha.

MISCELANEA

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Le lys rouge*, bellísima comedia en cinco actos de Anatolio France, sacada de su novela del mismo título; y en la Comedia Francesa *Otelo ó el moro de Venecia*, traducción de la tragedia de Shakespeare admirablemente hecha en hermosos versos por Juan Aicard.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Sin rumbo*, obra en tres actos del Sr. Fernández Villegas, el ilustrado redactor de «El Imparcial» que firma con el seudónimo *Zeda*; en Parish *La afrancesada*, zarzuela en un acto de Miguel Chapí y Asensio Mas, música del maestro Zurrón; en la Zarzuela *Los borrachos*, sainete de costumbres andaluzas en un acto de los hermanos Sres. Quintero, con bonita música del maestro Jiménez; y en la Princesa *Miércoles de ceniza*, arreglo de una comedia francesa de Barriere, hecho por don Valentín Gómez.

Para la temporada de primavera, la empresa del teatro Real tiene preparado un espectáculo que hasta ahora no ha realizado ninguna de las empresas de los grandes teatros de Europa,

excepción hecha del de Bayreuth, y que consiste en la representación de las cuatro partes de la Tetralogía de Wagner *El anillo del Niebelungo*. Para ello ha contratado toda la compañía, los directores y parte de la orquesta del citado teatro de Bayreuth, ha dispuesto una *mise en scene* digna de tales obras y está transformando la sala del Real á fin de que se asemeje en todo lo posible al famoso coliseo de la llamada Meca del wagnerismo. Durante la temporada se verificarán seis representaciones, cada una de las cuales se compondrá de las cuatro óperas *El oro del Rhin*, *La Walkyria*, *Sigfredo* y *El ocaso de los dioses*, que componen la Tetralogía, que se cantarán sucesivamente.

La empresa acometida por D. Luis París, empresario del Real, constituirá un acontecimiento único en los fastos teatrales de España y aun del mundo entero, con la sola excepción citada: por ello merece dicho señor los más entusiastas plácemes de los aficionados al arte lírico, y desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos complacemos en enviarle nuestro aplauso más caluroso y más sincero.

De la venta de localidades en el extranjero se ha encargado la casa «Thos Cook & Soon-Tourist Office.»

Barcelona.—Se ha estrenado con aplauso en Romea el drama en tres actos *Foch-Follot*, original de D. Ignacio Iglesias. En el Liceo ha comenzado la serie de ocho grandes conciertos: los dos primeros han sido dirigidos por el maestro Mertens y han tenido éxito excelente; los otros seis serán dirigidos por los maestros Crickboom, Colonne y W. de Haans. En el teatro de Novedades sigue obteniendo entusiastas ovaciones la notabilísima artista italiana Teresa Mariani.

Necrología.—Han fallecido: Guillermo Rutherford, célebre naturalista escocés, profesor de Fisiología en la Universidad de Edimburgo.

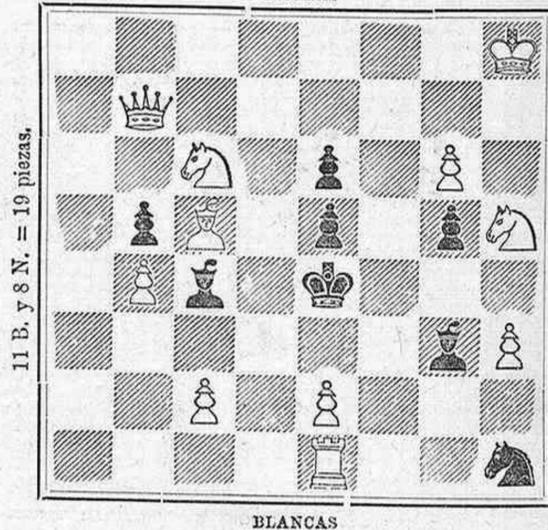


EL BARÓN JULIO DE REUTER, fundador de la agencia telegráfica de su nombre, fallecido en Niza en 25 de febrero último

Dr. Federico Hansegger, celebrado escritor musical alemán, autor de las obras «Ricardo Wagner y Schopenhauer», «La música como expresión» y otras, todas muy notables. Dr. Emilio Welti, ex presidente de la República Helvética.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 153, POR JOSÉ PALUZIE



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 152, POR V. MARÍN

Blancas. 1. R 5 CD. 2. A 6 C mat.
Negros. 1. R juega.

TALLERES DE FOTOGRAFADO.

PROCEDIMIENTO DIRECTO, Á LA PLUMA, AL LÁPIZ Y FOTOLITOGRAFICO. JUAN CASALS, calle de Balmes, 37, bajo.



Entonces se descubrió el cadáver con un cuchillo clavado en el corazón

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

— Sí te creo, mi querido Esteban. Pero todo eso lo pones en tiempo pasado... He observado, sobre todo de un año á esta parte, muchos indicios en los cuales no quise creer desde luego, pero á que he tenido que rendirme. Formas parte de una sociedad que no es la mía, pues he permanecido obstinadamente plebeyo, apegado de todo corazón á la pequeña tocinería de que tú te avergüenzas. Esto es sobre todo lo que ha echado á perder nuestra amistad, lo que hasta amenaza nuestra colaboración. ¡Confíesalo!

— La que te inspira esas ideas es la tía Rosa. Nunca me ha perdonado, y tampoco me he perdonado yo el momento de debilidad que me hizo renegar del pasado. Era más que una falta, era una torpeza. Pero ya no tiene remedio y lo mejor es no hablar más de ello. Se puede reparar una falta; pero una torpeza, no. ¡Ah, si crees que es de la tienda de la tía Rosa de que me avergüenzo, te equivocas! Mi vergüenza data de más lejos. ¡Qué no daría yo por ser oriundo, como tú, de la pequeña clase media de París, del pueblo ó de una familia de labradores! Ese es el origen de la mayor parte de nuestros hombres de talento. Pero conmigo es otra cosa. Yo salgo de la domesticidad, de la clase de lacayos. Cuando allá, en el castillo, encontraba en algún corredor una ca-

marera llevando en el brazo el vestido de la señora, ó cuando me hacía conducir por el cochero del conde, me decía: «Así servía mi madre á la señora de Verneuil, y mi padre guiaba su coche.» Y estas cosas, de las cuales no podía hablar, me ahogaban, haciéndome malo, ingrato, capaz de cualquier villanía. Para borrar esto, imaginaba cosas imposibles, verdaderas locuras, y aún hoy tengo semejantes quimeras... Hacerse abrir la puerta del salón, después de haber pertenecido á la antesala, ya no es poco conseguir. Pero yo necesito más, ¿oyes?, ó moriré de rabia y de despecho...

— ¡Ah!, exclamó Pedro comprendiendo al fin, asustado de la exaltación de su amigo. ¡Desgraciado, te has propuesto casarte con Germana!

Con su movilidad curiosa, que le hacía pasar casi instantáneamente de un sentimiento apasionado á la burla de sí mismo y de su pasión, Esteban se echó á reír murmurando:

— ... Gusano enamorado de una estrella..., ¿no es verdad que esto piensas? Un Ruy Blas de americana sería ridículo y odioso. Pero la verdad es que estoy loco por Germana. ¡Si supieses qué conmovedora estaba en el campo, sumida en su tristeza resignada, ella que fué la personificación de la risa!.. ¡Con qué

sencillez explicaba su propia conducta, sin rencor contra ese marido miserable, que se vale de las apariencias para obtener un divorcio, sabiendo que es inocente! Confiesa sus locuras, sus imprudencias, su necesidad de lujo y de movimiento. De lo que se arrepiente, con mucha amargura, es de haberse casado sin amar, de haber querido á toda costa el lujo desenfadado de una fortuna colosal... ¡cuando ni siquiera tenía la excusa de la pobreza! ¡Y qué bien se hace cargo ahora de su posición! Está perdida para su clase, tan completamente como si se hubiese escapado de Francia con un amante. No es admisible el divorcio en el aristocrático barrio de San Germán. Procura alegrar graciosamente la tristeza del castillo, y después de haber sido adorada sin amar, se ha vuelto tierna y buena y dócil con sus padres. En el campo se quedan indefinidamente...

— Sí, interrumpió bruscamente Pedro, hasta el día que Germana, que es protestante, se haga católica y pueda casarse ante la Iglesia, puesto que su primer matrimonio será considerado desde luego como nulo. De esta manera, volvería á la sociedad con otro nombre y con otro marido, aunque este marido fuese de bajo origen, pero hombre de talento, conocido y aplaudido en ambos mundos. Esto es, mi querido

Esteban, lo que pensaron en el castillo el día que te rogaron que fueses á distraer la soledad de la dulce resignada. El barrio de San Germán se mostrará todavía esquivo, pero menos, y acabará por resignarse.. ¡Oh, no, tú no te casarás con Germana, porque entonces, y por la primera vez de tu vida, recaerías en la domesticidad de que has salido!.. No te enfades, es tu amigo quien te habla y tu conciencia también. ¡Atrévete á decir lo contrario!

Esteban permaneció silencioso y absorto durante algunos minutos. Al fin dijo, como despertando de un sueño:

— ¡Qué quieres!.. Estoy enamorado de ella.

— Entonces comprendo que deseas desembarazarte de tu lio. Tranquilízate, aplazaremos nuestra visita para la semana próxima. Avisaré á la tía Rosa.

Pero la tía Rosa estaba ausente cuando Pedro llegó á su casa. Encontró á Carlota con la falda arremangada, los brazos desnudos hasta el codo y enharinados, en vías de confeccionar cierto pastel á que su tío era muy aficionado. El bueno de Perraud tenía un defecto, y era que le gustaba mucho el dulce. Pedro se sentó al lado de la mesa de la cocina y se entretuvo mirando trabajar á la muchacha, que con mucha gravedad, como si se hubiese tratado de una cosa importante, continuaba midiendo harina, batiendo huevos y amasando su pasta.

La tranquilidad y el silencio perfecto de aquella casa en pleno campo, sentaron bien á Pedro, agitado todavía por su conversación con su amigo. La cocina, muy limpia y muy alegre con su gran fuego de llama, le gustaba más que los salones más espléndidos. Tenía razón cuando dijo que había conservado sus gustos plebeyos. En aquel cuadro familiar, ocupada en trabajos de pequeña ama de casa, Carlota lucía más. Su gran delantal blanco no ocultaba su hermoso talle flexible, y un rayo de pálido sol de invierno iluminaba su rostro rodeado de ligeros cabellos negros, graciosamente rizados. Olvidaba uno la nariz y la boca algo grandes, para no fijarse más que en el brillo de sus rasgados ojos y en la encantadora sonrisa que dejaba ver dos hileras de dientes pequeños y muy blancos. En suma, una soberbia muchacha — pensó Pedro, — esencialmente femenina, sencilla y buena, lo más diferente posible de las «desenfrenadas» que prefería Esteban.

De pronto dijo Pedro mirándola:

— Usted debiera casarse, Carlota. Sería usted una mujer encantadora, una verdadera mujer, lo que es muy raro en los tiempos que corremos.

Parecióle á Pedro que las manecitas enharinadas se ponían de pronto á temblar. Pero sin duda se equivocaría, porque continuaron golpeando la pasta, ya pronta á ser cilindrada sobre la tabla salpicada de harina. Ella contestó muy seriamente un instante después, sin tomar la cosa á broma, como solía hacerlo cuando le hablaban de casarse:

— Si algún día me caso, no será sino después de haberlo reflexionado bien. No quiero hacer como Lili..., es demasiado triste.

Era raro que la chica hablase de su hermana. El rompimiento entre el joven matrimonio y los Perraud le había causado mucha pena. Iba de tarde en tarde á ver á Lili; á veces pasaba dos ó tres días con ella para ir de tiendas, un poco á los teatros ó visitar las exposiciones. Y Lili se mostraba muy afectuosa, á pesar de ser poco expansiva, como si procurase aferrarse á la vida con su ternura de hermana mayor. Durante esas visitas, Carlota había visto muchas cosas, sin contar las que adivinaba, comprendiendo que la falta de simpatía entre los dos esposos, después de haber pasado por la indiferencia, llegaba poco á poco al alejamiento y al odio quizá. Esto ocurría sin insultos, sin gritos, sin violencias, porque hasta en sus discusiones domésticas, el arquitecto quería ser «distinguido»; pero las palabras pronunciadas tranquilamente eran más mortificantes, las miradas escudriñaban hasta el fondo de los corazones, llenos de desprecio y de odio. Era un infierno decente. Cada vez, Carlota volvía más triste, más resuelta á permanecer soltera, antes que casarse por casarse.

— ¡Pobre Lili!, murmuró Pedro; me temo, efectivamente, que no sea feliz. Pero ¿por qué no había de serlo usted, Carlota? Usted tiene lo que siempre le faltó á su hermana, el sentido real de las cosas, buen juicio. Nunca ha pedido usted la luna y las estrellas...

Carlota se sonrojó; luego, queriendo mostrarse llena de valor, dijo rápidamente:

— La luna y las estrellas representadas por un joven autor dramático que la desairó...

Pedro estremecióse. La muchacha había adivinado, por lo visto, la historia no confesada de la pobre hermana Lili.

— El autor dramático, dijo él, no se vió tal vez en el caso de aceptar ó rechazar...

— Vamos, Pedro, sea usted franco. La tía Rosa quiso casarlo á usted con mi hermana; parecía usted dispuesto á ello, mas de pronto retrocedió; y ella se casó por despecho, por desesperación quizá. Yo no era más que una chiquilla entonces, pero todo lo comprendí y le tuve á usted rencor, ¡pero mucho! Me complace hoy en podersele decir á usted, porque no parece usted hombre capaz de una cobardía. Y es una cobardía hacerse amar de una pobre joven para abandonarla después. Me ahogaba el pensar en aquella traición, sin poder decir nada..., y ¡me daba una pena!..

Carlota no concluyó su frase, porque se le oprimió el corazón y se le llenaron de lágrimas los ojos. Estaba muy apurada con sus manos cubiertas de pasta; no podía coger su pañuelo para enjugarse las lágrimas, una de las cuales cayó en medio de la pasta, cosa que le llenó de confusión. Estaba muy colorada y temblorosa, temiendo que Pedro adivinase lo que no se atrevía ni quería decir. Porque aquel final de frase enrevesada, ¿no se resumía de este modo: «Le quiero á usted mucho, y lo siento amargamente, puesto que usted ha sido causa de la desgracia de Lili?..»

Pero Pedro no adivinó más que parte de la frase no terminada, y tiernamente, con afecto de hermano mayor, cogió en sus manos las de la chica, sin hacer caso alguno de la pasta ni de la harina.

— Míreme usted bien de frente, Carlota; escúcheme y créame. Yo adoraba á la tía Rosa, dispuesto siempre á hacer todo lo imaginable para probarle mi gratitud. Cuando me habló de ese matrimonio, á pesar de no tener ganas de casarme, me sentí dispuesto á ello. Lili me gustaba; pensé amarla un momento — ¡un momento nada más! — ¿No me cree usted? Sus ojos dicen que no. Sin embargo, es la pura verdad. Lili no me quiso. Ciertamente es que nunca le pedí su mano; pero desde el primer día..., ¿recuerda usted aquel almuerzo tan alegre, para el cual usted y yo cogimos lechugas?.. Pues bien: desde aquel día no me ocultó que no era yo en manera alguna el marido de su elección; que jamás, ni para dar gusto á su tío y á mi tía, ni por tomar un partido juicioso, consentiría en casarse conmigo.

Carlota bajó la cabeza, queriendo ocultar sus ojos francos, en cuyas lágrimas se mezclaba una alegría loca. Pero no pudo menos de murmurar:

— ¡Cuánto me alegro!.. ¡Cuánto me alegro!..

Y confusa, cubriéndose el rostro con las manos y embadurnándose inadvertidamente de pasta y harina, huyó escapada.

Pedro la miró partir sonriendo, y pensando que aquella chica, valerosa y jovial, amaba mucho á su hermana.

Lo que prueba que ciertas cosas se ven y se comprenden mejor de lejos que de cerca.

XIII

Los asuntos de León Marbois prosperaban desde hacía algún tiempo. Un amigo del conde de Verneuil le había confiado la construcción de un hotel en las inmediaciones del Trocadero, y pensaba hacer de este hotel una verdadera maravilla de buen gusto y comodidad, contando con que este trabajo le proporcionaría otros. Esto le consolaba un poco de la desastrosa especulación en que se había hundido la dote de su mujer. Ya entreveía la posibilidad de una vida algo más desahogada y pensaba mudarse.

La idea de la mudanza le trotaba en la cabeza, cierto día del mes de febrero, mientras se dirigía alegremente del hotel en construcción hacia el interior de París. Había tomado una calle transversal, medio edificada, con solares rodeados de planchas en que los anuncios formaban una lamentable mezcolanza de colores. Acá y acullá se alzaban grandes casas nuevas, y á pesar del lujo de sus fachadas, de las cariátides que sostenían los portales y de los balcones de hierro forjado; á pesar de las tablillas anunciando hermosos pisos para alquilar con ascensor, aquellas casas tenían un aspecto extraño y triste. Sin embargo, en alguna de aquellas calles nuevas encontraría tal vez una habitación que le conviniese. Leyó el nombre de la corta calle en que entraba, y recordó que era la misma en que Froment y Dorsat habían encontrado su entresuelo.

Entonces se puso á pensar en los dos jóvenes, á quienes veía más á menudo que tiempo atrás, sobre todo á Pedro Froment. Poco á poco, sus celos inquietos se habían calmado. Esteban le era mucho más simpático que Pedro; pero ambos habían hecho carrera y él tenía á mucha honra el que se sentaran á su mesa. Y nada había, ni en la actitud de su mujer ni en la de Pedro, que justificase la menor desconfianza.

Sin embargo, al pensar en Lili su frente se arrugó. Su matrimonio había sido un lamentable desastre en todos sentidos. No admitía que en ello hubiese tenido él la menor culpa. En todo se consideraba siempre impecable. La culpa toda la tenía Emilia. León era el único que daba á su mujer su verdadero nombre. Esta era fría, poco amable, indigna de él. Comparándola con ciertas jóvenes señoras de su clase, le parecía haber tenido poco acierto en la elección. Por otra parte, su misma frialdad era una salvaguardia, mientras que las jóvenes señoras brillantes con quienes la comparaba, ¡sabe Dios los pecadillos que tenían sobre la conciencia! La suya, siempre tan correcta, tan grave, tan seria, no podía ser sospechada. Y si hubiese vivido su hijo, ¿quién sabe?, tal vez hubiera concluido todo por arreglarse.

Era el único recuerdo capaz de conmover al arquitecto. Aquel niño de cuatro meses, su único hijo, muerto antes de haberlo podido reconocer no siendo con cloques y sonrisitas... León lo había querido y lo había llorado.

Aún ahora, al pensar en aquella criaturita, se le empañaron los ojos un instante.

Un instante nada más, porque sus ojos algo turbios se desencajaron súbitamente. De la casa de la esquina, la más grande y hermosa de las nuevas, salió una mujer dirigiéndose rápidamente hacia la avenida Kleber. Aquella mujer llevaba un velo espeso, pero no cabía duda, era su esposa, aquella Emilia fría y correcta. Inmediatamente él comprendió que salía de casa de su amante, de casa de Pedro Froment. Estuvo á punto de gritar, pero ningún sonido se escapó de su garganta seca. Como en una abominable pesadilla, la vió marchar rápidamente hacia la avenida; reparó en su vestido, en su capa, en su sombrero, que conocía de larga fecha; la vió llamar á un tranvía que pasaba, subir y desaparecer. Todo esto en dos minutos.

No amaba á su mujer y sabía que ella le aborrecía, pero el choque fué horriblemente penoso. Sin embargo, en seguida vió el cielo abierto con desembarazarse de aquella mujer. Divorciándose, podría volverse á casar y hacer vida nueva.

Rápidamente entró en aquella casa y preguntó á la portera:

— ¿El Sr. D. Pedro Froment?

— Entresuelo izquierda. Pero dudo que lo encuentre usted en casa.

— Debía estar hace poco. Me dió cita..., pero me he retrasado.

— ¡Ah, hace un rato, seguramente estaba!, dijo la mujer con una sonrisita maliciosa.

León Marbois subió, llamó, volvió á llamar y bajó de nuevo. Mientras salía á la calle, le dijo la portera:

— ¿No estaba?.. Habrá salido por la avenida.

Y entonces indicó otra salida con un gesto.

Viendo partir á León, pensó que aquel caballero tendría algo muy urgente que decir al Sr. Froment, porque estaba agitado y más blanco que el delantal que acababa de ponerse limpio. Después no volvió á acordarse de él.

León Marbois cogió un coche y se fué á su casa.

La criada le entregó una esquelita de su mujer diciéndole que almorzaba en casa de una amiga y no estaría de regreso hasta las tres ó las cuatro de la tarde. Aquello le hizo respirar un poco, porque no sabía á punto fijo lo que se proponía hacer. Con el tiempo recobró la necesaria calma, y con la calma una extraña sensación de bienestar. Iba á verse libre de aquel matrimonio odioso; su mujer misma acababa de proporcionarle el medio. No tenía deseo alguno de matarla, ni de tener con ella ninguna escena violenta. La despediría, y nada más. Todo su odio y todo su furor se volvían contra Pedro Froment. ¡Oh, á ese sí que lo mataría! Él manejaba muy bien la espada, mientras que Pedro tiraba deplorablemente. Lo mataría sin remordimientos, con placer, con deleite. Él mismo estaba sorprendido de la violencia de su furor.

Luego, como era hombre metódico, después de haber almorzado como de costumbre, entró en el cuarto de su mujer, registró todo y no encontró nada comprometedor. Cogió una maletita de viaje, metió en ella unos cuantos billetes de cien francos y esperó.

Eran las tres cuando llegó Lili. Observó él que estaba muy pálida y que indudablemente había llorado. Atravesando el salón, ella le echó apenas una mirada y dijo con indiferencia:

— ¡Ah!, ¿eres tú?

— Sí, yo soy.

La entonación de su voz la detuvo en seco, y esta vez miró á su marido en el blanco de los ojos. Palió algo más, pero no se inmutó. Sin embargo, no ignoraba que su marido conocía su secreto.

— La he visto á usted, esta mañana, en el momento de salir de casa de su amante.

Lili permaneció inmóvil, apoyándose en el respaldo de una silla, sin contestar. León, temblando de rabia, se levantó y se acercó á ella.

— ¿No lo niega usted? ¿Ni siquiera me explica su presencia en aquella casa con una de esas mentiras de mujer, tan fáciles de inventar?

— ¿Para qué? Usted no me creería. Sí, tengo un amante, el único ser que he amado en el mundo. ¿Por qué no me mata usted? Sería una solución.

— No, no quiero semejante escándalo. La echo á usted de aquí, y nada más. Aquí tiene usted sus alhajas y dinero. Le enviaré su ropa donde quiera. Pero váyase usted pronto, ¡váyase usted!

Lili recobró su sangre fría, y tuvo una pálida sonrisa al tomar el saquito de viaje.

— Es usted hombre precavido, aun en los momentos más difíciles. Le admiro á usted.

— ¡Cuidado, Emilia! Me he prometido contenerme, pero le juro que peligrará. ¡Márchese usted!

Lili se encogió desdeñosamente de hombros y se dirigió hacia la puerta, sin apresurarse. En el momento de coger ella el pomo, su marido le dijo temblando de rabia:

— ¡No quiero la sangre de usted, sino la de él! ¡Mataré á su amante..., mataré á ese Pedro Froment, á quien he odiado siempre!

Lili tuvo que apoyarse en la pared para no caerse; sus labios se abrieron, pero no salió de ellos ningún sonido. ¡Pedro Froment!.. ¡Era de Pedro de quien su marido sospechaba! Con la rapidez del rayo, comprendió cómo había podido ser aquello. Éste era el nombre que la portera daba á Esteban, quien nunca cuidó de sacarla de su error. Sin embargo, Lili no podía dejar que subsistiese en su marido aquel mismo error, cuya consecuencia podía ser la muerte de un inocente. Iba á protestar de nuevo... Pero era condenar á Esteban, á quien amaba con toda la violencia de su naturaleza, á pesar de la dolorosa entrevista de la mañana. Su marido la observaba, gozándose plenamente en aquella angustia. ¡Cuán sabrosa le parecía la venganza!

Al fin, Lili se irguió con violencia y salió con movimientos de autómatas, sin añadir una palabra. ¿Qué iba á hacer?

Todos los detalles de su última entrevista con Esteban acudían á su mente con una precisión desesperante, en tanto que ella se dirigía maquinalmente hacia los puentes. Propiamente hablando, aquello no era una ruptura, puesto que no había sido pronunciada esta palabra; pero de hecho, lo era. Esteban había desplegado una verdadera elocuencia en hacerle comprender que sus entrevistas se hacían imposibles, porque Pedro, al día siguiente, iba á tomar posesión del entresuelo común. Estaba pensando en verse en otra parte, pero era preciso tomar muchas precauciones; la buena reputación de su adorada Lili le interesaba más que á ella misma. Y su adorada Lili le había dicho con aparente calma:

— Amigo mío, no busque usted tantos rodeos para decirme una cosa tan sencilla. Está usted harto de mí y me abandona.

Pero entonces, sintiendo revivir su pasión por aquella mujer que creía ver por última vez, Esteban le aseguró con sinceridad y con más zalamería que nunca que seguía queriéndola lo mismo. ¡Y ella necesitaba tanto creer en su amor!

Ahora quería ver á su amante á toda costa, inmediatamente. Pensó encontrarlo en el bonito entresuelo que tanto conocía, pues él le había hablado de lo mucho que aún tenía que hacer para su instalación personal. Ella tenía la llave que le entregara al principio de sus entrevistas y que él no se había acordado de reclamarle.

Lili no encontró á nadie en el aposento; sentóse en el fumadero oriental y esperó.

Cierto desorden, varios paquetes puestos sobre una mesa, una cartera abierta, de la cual asomaban varias cartas y papeles liados, todo esto indicaba que Esteban había vuelto después de su entrevista de la mañana. Las cartas iban dirigidas á su nombre. Sin duda iba á llegar de un momento á otro, y ¡cuál no sería su sorpresa, y aun su cólera, al encontrarla allí instalada, después de haberle dado á entender claramente que no debía volver! ¿Qué iba á decirle?, ¿qué le podía decir? Probablemente estas palabras: «Usted me he perdido. Mi esposo me ha echado. ¿Qué cuenta usted hacer de mí?»

¿Qué haría de ella? ¡Ah, demasiado lo sabía, la desgraciada! Nada absolutamente. Le daría algunos buenos consejos, trataría de consolarla, le diría probablemente que se reconciliase con la tía Rosa; que se refugiase, humillada, perdida la reputación, en

aquella casa donde tanto se había aburrido y de la cual salió tan llena de desdén para sus humildes parientes. Eso no lo haría ella jamás. En su pobre cabeza abrumada se agitaba aquel problema, sin que le encontrase solución. ¿Qué iba á ser de ella?..

Sin saber á punto fijo por qué esperaba en aquel fumadero silencioso, con paciencia y casi con estupor, miraba maquinalmente los sobres rotos, en todos los cuales aparecía el nombre de Esteban Dorsat, á quien tanto amaba. Siempre había adorado á aquel joven simpático, cariñoso, felino, de un egoísmo horrorosamente suave; lo había amado hasta en el momento en que jugó cruelmente con su corazón de niña. Luego el cariño se había convertido en pasión loca, la única pasión de aquella mujer. Y ahora...

Había levantado alguna de aquellas cartas, sin intención de leerlas; pero celosa hasta en aquel instante, trataba de reconocer letra de mujeres. Abrió algo la cartera y descubrió en el fondo una fotografía. La sacó vivamente, y una adorable figura de mujer joven, bonita, de una belleza soberana, le sonrió con



El gran parque por el cual Germana, meditando, daba largos paseos... (pág. 165)

aire de triunfo. Había visto, indudablemente, á aquella mujer, pero no recordaba dónde. En el teatro, con seguridad. Sería alguna de las intérpretes de Esteban. Dió la vuelta á la fotografía y leyó esta dedicatoria: «A Esteban Dorsat, mi amigo de la infancia, mi futuro novio, Germana de Verneuil.»

Lili volvió á meter la fotografía en la cartera, levantóse y salió. ¿A qué esperar ya? Esteban iba á casarse, y la entrevista de la mañana había sido realmente una despedida.

Era casi de noche cuando Lili se encontró de nuevo en la calle. Estaba admirada de no sufrir más. Se sentía únicamente muy abatida y los objetos familiares le parecían extraños.

Del fondo de aquella incoherencia, sin embargo, surgía la convicción de que, para su lúgubre historia, no había más solución que el suicidio. Estaba perdida. No tenía ninguna afición á que agarrarse; pocas convicciones, religiosas ó filosóficas, que pudiesen retenerla; su pequeña fortuna disipada con su consentimiento. ¿Qué le quedaba, pues, en este mundo?

Y á pesar de todo, aquella mujer de veinticinco años se resistía á morir y tenía miedo al sufrimiento.

Entonces recordó una conversación entre su esposo y un amigo. Aquella conversación había versado sobre las diferentes clases de muerte y el grado de sufrimiento de cada una. El amigo sostenía que para una persona de sangre fría, con algunos conocimientos anatómicos, una de las muertes más dulces sería esta: marcar bien de antemano el sitio del corazón, apoyar un cuchillo en la pared y clavárselo con un rápido movimiento en el sitio marcado: la muerte sería instantánea y casi sin sufrimiento.

Sin rumbo, iba por las calles, muy animadas y alegres, por cuanto era lunes de Carnaval.

De pronto entró en una cuchillería y pidió un trinchante. Le enseñaron algunos con su tenedor. Escogió uno y no osó negarse á tomar el cubierto completo, que metió en un saquito de mano con precauciones de buena ama de casa.

Se sintió tan cansada, teniéndose apenas de pie, que tomó un ómnibus que pasaba.

Al llegar delante del patio grande de la estación de San Lázaro, que da á la calle de Roma, el ómnibus paró y todos los viajeros bajaron, siendo Lili la última. Vaciló ésta un instante; estuvo á punto de tomar un cuarto en el hotel Terminus. Pero había demasiada gente yendo y viniendo en el vestíbulo, resplandeciente de luz eléctrica. Escogió un hotel más modesto de las inmediaciones. Explicó en el despacho que tenía que partir para el Havre al día siguiente, y rogó que la llamasen á las seis de la mañana. Añadió, sonriéndose, que tenía el sueño muy profundo y que tal vez habría que golpear fuerte en la puerta.

Lili pidió recado de escribir, y con mano firme trazó estas palabras:

«Puede usted creer á una mujer que dentro de diez minutos habrá muerto: Pedro Froment no ha sido nunca mi amante.»

Dobló el papel metódicamente y escribió en el sobre el nombre y las señas de su marido. Aquella carta llegaría sin duda á tiempo para evitar una desgracia. Al menos así lo esperaba Lili. Esta escribió luego en otra hoja de papel:

«Me doy la muerte voluntariamente. La vida es un lúgubre enigma que renuncio á resolver, y no puedo soportarla más tiempo.»

Descubrióse el pecho, y en el sitio en que sentía latir su corazón trazó con la pluma una raya sobre la blanquísima piel. Aquel punto debía ser el bueno. Entonces, con una tensión de espíritu que excluía casi el miedo y rayaba en locura, tomó el cuchillo y buscó un lienzo de pared en que no estorbaba mueble alguno. Le preocupaba la idea de si caería de espaldas ó de lado, y apartó el sillón que hubiera podido estorbar su caída. Y rápidamente, sin un instante de flaqueza, se echó sobre el cuchillo, que se hundió hasta el mango. La muerte fué instantánea.

En el momento mismo en que la desgraciada Lili renunciaba, como ella decía, á resolver el lúgubre enigma de la vida, los padrinos de Pedro Froment y los de León Marbois disponían el encuentro de sus apadrinados para la mañana siguiente. Habían procurado arreglar el asunto, sin conseguirlo. Una querrela absurda. El arquitecto fué á encontrar á Froment al terminar un ensayo en un teatro, donde hablaron muy tranquilamente durante algún tiempo. De pronto, á propósito de una cuestión política, Marbois se encolerizó. Froment se había chanceado tal vez con él de un modo algo excesivo. El irascible arquitecto contestó con un bofetón que fué seguido de un verdadero pugilato.

A las seis de la mañana, el mozo del hotel llamó dos veces á la puerta de la viajera que había de tomar el primer tren del Havre, y no recibiendo contestación, llamó de nuevo. Receloso, fué á avisar á la patrona. Necesitose algún tiempo para llamar á un comisario de policía y descerrajar la puerta. Entonces se descubrió el cadáver con un cuchillo clavado en el corazón.

En aquel mismo instante se verificaba el duelo, y la espada de León Marbois penetró en el pulmón izquierdo de su adversario. Para transportar al herido se necesitaron precauciones infinitas. El mismo León Marbois, espantado después de lo que había hecho, dió las señas del entresuelo, cerca del Trocadero, como mucho más cercano que la habitación del Luxemburgo, y quiso ayudar á transportarlo. Todo su furor de marido ultrajado se había extinguido. Ya sólo veía un hombre que sin duda iba á morir por culpa suya. Saltó del coche y avisó á la portera, diciéndole que el Sr. Froment estaba gravemente herido. La portera miró al hombre desmayado y dijo:

— ¿Este señor?.. ¡Pero si el señor Froment es pequeño, moreno y mucho más guapo que éste!.. ¡Este es el señor Dorsat!..

XIV

Algunas horas después del duelo, en tanto que el herido, salido de manos del cirujano, sufría mucho postrado en cama, Esteban Dorsat llegó espantado y quiso dirigirse al cuarto dormitorio. Perraud, que había sido llamado precipitadamente con su mujer y estaba de centinela á la puerta, se levantó y extendió el brazo. No habló, pero bastaron su gesto y su mirada. Llevóse á Esteban al fumadero, y cruzándose de brazos, le dijo lentamente:

— ¡Es usted un miserable!

— ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué supone usted? ¿No ve usted que estoy desesperado?..

— Su desesperación llega tarde. ¿Qué ha hecho usted? Yo se lo voy á decir. Era usted el amante de mi sobrina, que debió ser sagrada para usted. Para ocul-

tar sus relaciones, ha tolerado y facilitado un error que le hacía á usted pasar por otro. Toda su vida, ese otro ha pagado las deudas de usted; y esta vez las paga con su sangre. Su crimen de usted es de los que escapan á la ley, lo cual lo hace aún más odioso.

Jamás Perraud había hablado tanto. Se erguía ante Esteban, miserablemente abismado en una butaca, aterrado y tembloroso. Pero Esteban se levantó de un salto y se coló rápidamente en el cuarto de Pedro, sin que Perraud pudiese evitarlo. Éste, que le siguió con su natural pesadez, lo encontró arrodillado y sollozando junto al lecho de su amigo. La tía Rosa trataba de hacerlo salir, pero una mirada de Pedro la detuvo. Aquella mirada se fijó luego en Esteban, fríamente, sin cólera, pero también sin la menor traza del antiguo afecto. Esteban Dorsat comprendió por la expresión de aquellos ojos que tantas veces le habían mirado con fraternal ternura, que todo había concluído. Sin embargo balbuceó:

— ¡Lo que aquí se quiere suponer es abominable! ¡Que yo he combinado fríamente tu muerte! ¡Que he procurado hacerte matar en mi lugar! ¿Es posible, Pedro?

El herido no podía hablar, pero sus labios se plegaron ligeramente y sus ojos permanecieron fríos, irónicos.

— La verdad es esta, continuó Esteban con su voz entrecortada por los sollozos; temía que Germana se enterase de mis relaciones, y pensaba que, dado el caso, ella podía creer que eras tú el amante de Lili. Pero ¿cómo adivinar que el último día se enteraría el marido? Nunca nos escribíamos. ¿Cómo podía yo prever lo que ha pasado?

Su lastimosa defensa moría en sus labios, y él comprendió que era inútil. La fría mirada de Pedro adquirió solamente un poco más de intensidad y pareció querer leer hasta el fondo del hombre que tanto había querido, cuyas debilidades todas había excusado y cuyo sortilegio había soportado siempre, á pesar de todo. Ahora lo veía tal como era, despojado de todas las gracias felinas que ocultaban su feroz egoísmo. Aún le veía más miserable y más perverso de lo que era realmente. Pedro se había vuelto implacable en su clarevidencia tardía, entero en esto como lo había sido en su larga abnegación, en su afecto que databa de la infancia. Luego sus ojos se desviaron lentamente, casi con indiferencia, sin volver á mirar á su antiguo amigo.

La tía Rosa levantó con sus vigorosos brazos al joven que había cesado de hablar, y lo empujó desdeñosa fuera del cuarto, diciéndole tranquilamente:

— Tan pronto como se pueda trasladar á Pedro, nos lo llevaremos á casa. Le cuidaremos y le salvaremos. Tú puedes quedarte con tu habitación de cortesana, puesto que la arreglaste á tu gusto, es propia para ti y para gentes como tú. ¡Ahora, márchate!

Deseó la ruptura y la tenía completa; pero se reservaba el mejor papel, y no podía decirse que lo hubiese conseguido.

Un hermoso día de junio; alegres pájaros revoloteando entre las ramas del gran tilo que sombreaba la blanca casita de Sevres; una suave brisa perfumada por las rosas abiertas al sol; una exquisita sensación de paz, de alegría, de retorno á la vida; un convaleciente tendido en su sillón-cama de rejilla, á la sombra del tilo; una joven enlutada leyendo en alta voz los periódicos de la mañana, todo esto formaba un conjunto parecido á la felicidad.

Es lo que pensaba el convaleciente. Pedro Froment experimentaba esa alegría intensa de toda criatura que vuelve á la vida. Sí, las tristezas de este mundo son con frecuencia atroces. A medida que uno avanza en edad, las ilusiones van cayendo; pero cuando la tumba abierta vuelve á cerrarse; cuando la cura llega después de una larga y cruel enfermedad, hay en el ser que renace una exaltación tal, que la vida parece el beneficio supremo, y el hecho de respirar un aire suave, de seguir perezosamente el rápido vuelo de las golondrinas, de sentir la caricia de un rayo de sol son, sin embargo, exquisitos goces que hacen que la criatura dé las gracias al Criador, en un arranque de alegre misticismo.

La lectora se detuvo bruscamente.

— ¿Qué tiene usted, Carlota?, preguntó Pedro, sonriendo ante el apuro visible de la muchacha, creyendo que había tropezado con un suelto cualquiera que la avergonzaba y que no podía leer en alta voz. Pero no; debía ser otra cosa. Arrancóle el periódico de las manos y sus ojos se fijaron en seguida en esta frase que leyó en voz alta: «Esteban Dorsat, el joven y brillante autor dramático que va á emparentar con

la familia de Verneuil, será autorizado, según dicen, para añadir el apellido de su mujer al suyo. Parece que pronto tendremos ocasión de aplaudir una nueva obra suya, que llevará la firma de Dorsat de Verneuil. Desde un principio, Esteban Dorsat estuvo acostumbrado á un doble nombre.»

Pedro dejó caer el periódico sobre sus rodillas, y continuó siguiendo el vuelo de una golondrina que, con su pequeño grito agudo, surcaba al aire puro y suave. Carlota, que le miraba con inquietud, se tranquilizó. No parecía experimentar la menor emoción.

— ¿Es esto lo que no se atrevía usted á leer? Es usted una enfermera ideal. Me pone usted severamente á ración, no permitiéndome tomar más que bocados contados, cuando tengo un hambre devoradora, y procura usted evitarme toda emoción dolorosa. Sosiéguese usted; estoy perfectamente tranquilo, tan tranquilo, que me pregunto si hay en el



Le tomó la mano y le dijo con mucha ternura: ¡Hermanita mía!

mundo egoístas más egoístas que los convalecientes. Sentirse vivir les basta. Una vez que me he entregado, me cuesta trabajo recobrar mi albedrío; pero cuando lo recobro, es del todo y para siempre. Dorsat no existe ya para mí. El pedazo de mi vida en que había penetrado hondamente, fué cortado de golpe por la estocada que le estaba destinada y que recibí yo. Bien que hubiera bastado un accidente menos grave.

— Sin embargo, dijo Carlota, en su delirio hablaba usted siempre de él, llamándole sin cesar.

— Es posible. Era mi vida pasada que volvía, y mi vida pasada era él. Ahora que lo reflexiono, yo le conocía bastante, hasta en el momento en que más me subyugaba. Yo sentía que tenía necesidad de mí; que sin mí caería, y que su caída sería tremenda. El sentimiento de protección hacia el ser querido, es tal vez el sentimiento más grato al corazón del hombre. Pero cuando comprendí que esta protección le pesaba, que trataba de sacudirla sin atreverse á hacerlo abiertamente, entonces sufrí mucho...

— ¡Ah!.. No le costaría gran trabajo reconquistarlo á usted, si quisiese. Aún le aprecia usted.

— Se equivoca usted, Carlota. El otro día cayó en mis manos una carterita que reconocí en seguida. Contenía una hoja de papel amarillento en el cual estaban escritas con sangre estas palabras casi ininteligibles: «Juro querer á Pedro Froment toda mi vida.» Teníamos trece años cuando cambiamos seriamente esas declaraciones escritas con nuestra sangre. Metí el papelito bajo sobre con mi tarjeta, y se lo envié á Esteban, al futuro Dorsat de Verneuil.

Pedro permaneció en silencio un instante, luego añadió:

— Es el fin de mi juventud, una juventud que le consagré completamente. Tanto que mi amistad llenaba mi vida, impidiéndome pensar en el amor y en el matrimonio. Así es que ahora me pregunto si podré encontrar jamás la dicha donde otros la encuentran...

Carlota se inclinó para recoger un periódico que se había caído al suelo y no contestó. Pero Pedro no necesitaba que le contestase. Siguió el curso de sus pensamientos y continuó hablando lentamente, como consigo mismo.

— En cuanto á su obra firmada Dorsat de Verneuil, no creo en ella. Usted no sabe, Carlota, lo que es la vida mundana, y qué tiranía es la de una mujer á la moda. ¿Y cree usted que se guardan miramientos con un marido de humilde cuna, pobre, aceptado porque hacía falta un marido cualquiera? ¡No! Además, es muy posible que Germana abra un día los ojos y le diga: «Pero Esteban, ¿por qué no trabajas? ¿Por qué no haces obras maestras? Me gustaría ir á aplaudirte en el Teatro Francés. Iremos todos.» No lograría hacerle comprender que una comedia en cinco actos no se escribe como hace ella su tapicería, que anda hace años por los rincones. No; Esteban es hombre perdido para el arte. Ha encontrado su empleo, y quizá no ha contribuído poco á ello el atavismo: será, no príncipe consorte, sino marido lacayo.

— Es usted muy duro..., ¿usted que ha sido tan bueno y tan débil!

— Pues tal vez por eso mismo soy duro, ó tan sólo clarevidente. Note usted, mi querida enfermera, que conservo toda mi sangre fría. Examinó su situación sin la menor cólera, con cierta curiosidad de artista.

— Pero juzga usted también á su mujer. Si ama á su marido, será la primera en ponerle la pluma en la mano y en decirle: «Trabaja; yo me encargo de mantener en torno tuyo la tranquilidad y el silencio. Respeto tu genio; quiero estar orgullosa de mi marido.» Esto le dirá y le sacrificará al menos una parte de sus placeres, de su vida mundana, con el mayor gusto. ¡Porque debe ser una dicha sin igual eso de admirar á un marido á quien se ama y verlo admirado por todos!

— ¡Qué manera tiene usted de decir eso!.. ¡Usted, la muchacha jovial, se ha puesto seria, casi conmovida! ¡Lo que puede el espíritu de corporación! Las mujeres ¡qué bien se sostienen entre sí, cuando no se devoran mutuamente!

Se echó á reír, con una risa perezosa, llena de bienestar, al ver á la muchacha que, con cierta precipitación, cogía su cestita de labor, que apenas había abierto.

— Supongo que no me dejará solo, Carlota.

— Sí, pero por poco tiempo; mi tía necesitará de mí. Hay que enviar más rosas á la tienda.

— La tía Rosa le ha dado á usted por misión el cuidarme y distraerme. Sin usted, me aburro. Es necesario que se quede.

Ella se dominaba apenas. Pero ¿estaba ciego aquel hombre? Revistióse de valor y volvió á sentarse, abriendo un libro:

— ¿Quiere usted que le lea un nuevo capítulo de nuestra novela, señor tirano?

— No. Hablemos. ¡Me gusta tanto hablar con usted! No sé dónde ha aprendido una porción de ideas sanas y rectas, sensatas y originales, y me gusta leer en su espíritu. Mejor quisiera leer en su corazón... ¡Qué novela tan bonita!, ¿no es verdad? No salgo de mi asombro cuando descubro que ya no es usted una niña, sino que raciocina y siente como una mujer. Pero ¿qué? ¿Llora usted?

— No, no; no lloro.

— ¿La he mortificado? ¡Yo que le debo tanto y que la quiero! ¿Cómo ha sido eso, Carlota? No lo entiendo...

Sinceramente desolado, la miraba él, en tanto que, nerviosa, ella procuraba ocultar su emoción, sin conseguirlo. Le tomó la mano y le dijo con mucha ternura:

— ¡Hermanita mía!

Esta palabra acabó de hacerle perder toda su serenidad. Sintióse sacudida de la cabeza hasta los pies y sollozó, desesperada de no haber sabido guardar mejor su secreto. Entonces él comprendió al fin.

Aquella niña le amaba. Presa de inmensa piedad, la contempló un rato en silencio, sujetándole la mano... Luego le dijo casi en voz baja:

— ¿Es verdad, Carlota?.. ¿No quiere usted que la trate como á una hermana?

Ella no hizo más que un gesto negativo.

— ¡Qué tesoro hallo al alcance de mi mano!.. Pero ¿soy digno de cogerlo? ¿Soy yo capaz de amar como usted merece que la amen? Hace poco se lo decía á usted: durante muchos años, tuve bastante con la amistad. Tal vez no pueda ofrecer á usted otra cosa en cambio de su gran ternura... Y esto no basta.

— Y... ¿si yo me contentase con ella?, dijo la muchacha, en voz tan baja, que Pedro tuvo que inclinarse para oírla.

SIEGFRIDO WAGNER

El día 22 de enero último estrenóse en el Teatro Nacional y de la Corte de Munich la ópera popular romántica de Siegfriedo Wagner *El hombre de la piel de oso*. El estreno de esta obra, primera producción lírico-dramática del hijo del gran maestro de Bayreuth, era esperado con gran curiosidad, así es que en la noche de la primera representación, aquel teatro, en donde alcanzara Ricardo Wagner sus inmensos triunfos, ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades, figurando entre la concurrencia gran número de escritores, músicos, críticos y directores de los principales coliseos alemanes.

Como su padre, Siegfriedo Wagner se ha manifestado músico y poeta á la vez, escribiendo él mismo el libreto de su ópera, que ha tomado de un cuento de los hermanos Grimm, aunque en parte modificándolo.

El argumento de la ópera es el siguiente. El lansquenete Hans Kraft, hombre leal, rudo, inocentón y astuto al mismo tiempo, llega á su aldea de regreso de la guerra. Al enterarse de que ha muerto su madre y al ver que sus convecinos no quieren reconocerle ni darle albergue, siéntese invadido por la más honda tristeza. En esto se le acerca el diablo y le promete felicidades y honores sin cuento si se obliga á atizar durante un año el fuego que arde debajo de las calderas del infierno, pero amenazándole á la vez con los más terribles castigos en el caso de que quiera salvar á alguna de las almas que en aquellas calderas sufren tormento. Acepta el trato el lansquenete, y mientras Belcebú recorre el mundo, él desempeña su oficio en los antros infernales. De pronto se le aparece un forastero, que figura ser San Pedro, y le propone jugar á los



SIEGFRIDO WAGNER, autor de la ópera *El hombre de la piel de oso*, recientemente estrenada con gran éxito en Munich

dados las almas; Hans Kraft cae en el lazo y pierde la partida, con lo cual aquéllas abandonan la infernal mansión. Cuando vuelve el demonio y se hace cargo de lo ocurrido, transforma á su desleal servidor en un ser repugnante á la vista y al olfato, cubierto con

mo que por la música siente el joven Wagner, y comprenden hasta qué punto pueden desarrollarse, con el estudio profundo de las obras inmortales de su padre, los gérmenes preciosos que lleva en su alma de artista el hijo del inmortal compositor. — X.

una piel de oso, diciéndole que no recobrará su forma primitiva hasta que encuentre una doncella joven é inocente que, á pesar de su fealdad, le ame y le guarde fidelidad por espacio de tres años. Arrojado del infierno y devuelto á la tierra, el infeliz se ve por todos rechazado; pero al fin halla á su salvadora en la persona de la hija menor del burgo-maestre de una aldea, en vista de lo cual el demonio no tiene más remedio que volver á Kraft á su primer estado. El lansquenete, joven apuesto y bien parecido, salva á la población de un asalto de sus enemigos, y colmado, merced á sus proezas, de dinero y de honores, se casa al fin con su amada con gran júbilo de todo el pueblo.

Como se ve, este argumento préstase á una música llena de colorido y á una *mise en scene* brillante. Siegfriedo Wagner ha sabido aprovechar las situaciones que el libreto le ofrecía escribiendo una partitura original, inspirada, dramática y admirablemente instrumentada, que no tiene con las obras de su padre más puntos de contacto que algunas reminiscencias de *Los maestros cantores*, el empleo de los *leitmotiven* y el predominio del recitado. En lo demás, tiene carácter propio, aunque con tendencias á la escuela romántica. La música de *El hombre de la piel de oso* deleita por su frescura, y resulta, especialmente en los pasajes impregnados de lirismo y de tristeza, sentida y delicada, y revela en su autor inspiración abundante y aptitudes técnicas no comunes, de las cuales se prometen opimos frutos cuantos conocen el entusias-

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD

CARNE - QUINA
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.*

102, Rue Richelieu Paris, y en todas farmacias del Extranjero.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES**DEL ESTOMAGO**

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN